

y sobrinos célibes, o las madres viudas eran co-residentes típicos en los hogares españoles. El número de hijos y criados residentes en la casa influía en el tamaño del hogar, pero no en su estructura, y también variaba de forma apreciable por motivos demográficos o migratorios y según las necesidades de las economías familiares. El peso de estos grupos nunca era, sin embargo, suficiente como para alterar la configuración regional fundamental de las formas familiares de España.

Es preciso recordar, no obstante, que incluso en las zonas de máxima complejidad del hogar, como las áreas septentrionales de Navarra o Cataluña, el tamaño y complejidad de los hogares nunca excedía de niveles moderadamente elevados, si se comparan con otras zonas de Europa. Los tamaños de los hogares de entre 4,5 y 5 personas podrían resultar altos en España, pero estaban a gran distancia de los 5-9 de Toscana, la península balcánica u otras regiones del continente. El 20-30 por ciento de hogares con dos o más unidades conyugales era muy inferior al 30-50 por ciento o más frecuente en otras zonas caracterizadas por formas familiares complejas<sup>21</sup>. En otras palabras, pese a que éstas eran regiones de considerable complejidad, lo eran en relación al resto de España, pero no a regiones de otros países de Europa. Incluso en las zonas de herencia indivisible parece haber habido grupos de la población que no participaban en estas prácticas de co-residencia. Debido a ello, la complejidad y tamaño de los hogares no fue nunca más que modestamente elevado en estas regiones de España.

<sup>21</sup> Estos niveles de tamaño y complejidad del hogar se encuentran, por ejemplo, en Mishino, Rusia (82,3 por ciento complejos, TMH de 9,0), en Bolonia (34,8 por ciento complejos), en Fagagna, cerca de Trieste (43,1 por ciento) y en siete aldeas húngaras (31,8 por ciento complejos, TMH de 5,4), en Estonia en el siglo XVIII (30,3 por ciento, y 6,9), en aldeas serbias (TMH de 6,5) y en Belgrado en el siglo XVIII (31,8 por ciento, y 5,7). Véase Czap (1983: 123-129), Angeli y Belletini (1979: 160), Morassi (1979: 205), Andorka y Faragó (1983: 289-293), Palli (1983: 211-215), Halpern (1972: 409-417) y Clarke y Laslett (1972: 391-394). No sería difícil encontrar otros muchos ejemplos de esta clase de complejidad del hogar.

## Capítulo 3

### SISTEMAS FAMILIARES Y SUS IMPLICACIONES

#### Introducción

El grupo doméstico nos proporciona una perspectiva de los sistemas familiares fácilmente accesible pero en última instancia insatisfactoria. El hogar es una manifestación significativa de la familia, pero está limitado por el tiempo y, especialmente, por el espacio. Es evidente que la familia en sí trasciende al hogar, aunque en la práctica sea extraordinariamente difícil definir sus dimensiones precisas, que pueden variar de una cultura a otra y de una familia a otra. Pese a ello, es tradición entre los antropólogos, y también entre muchos historiadores de la familia, concebir la familia como un grupo de parentesco más o menos difuso capaz de organizarse y tomar las decisiones necesarias para garantizar su continuidad. En muchas ocasiones la familia se considera elemento clave de la estabilidad social, sobre todo porque la lógica de la conservación de la familia ha quedado identificada con la lógica de la reproducción social. No vamos a debatir aquí si es válida o no esta aproximación de base familiar a la comprensión de la estructura social. Lo que está claro es que la composición del hogar, la transmisión de la propiedad, la formación y disolución del hogar, la posición social y hasta muchos aspectos de la actividad eco-

nómica eran, en mayor o menor medida, producto de decisiones tomadas en el seno de la familia o de prácticas legales o consuetudinarias basadas en la lógica de la reproducción familiar. La finalidad central de este capítulo es contribuir al conocimiento de los orígenes, la dinámica y las implicaciones de los diversos sistemas familiares existentes en España.

Hace más de un siglo, Frédéric Le Play (1877-1879) identificó dos tipos fundamentales de sistema familiar: la familia patriarcal con su variante de familia troncal, y la familia «inestable» o nuclear<sup>1</sup>. Para él, el elemento definitorio esencial de estos sistemas era la forma de transmisión de la propiedad familiar. Mientras que en los sistemas de familia troncal las prácticas de herencia más o menos indivisible implicaban que el heredero elegido contrajera matrimonio y co-residiera con sus padres, en los sistemas familiares «inestables» la herencia divisible producía la continua subdivisión del patrimonio familiar y, en última instancia, hacía imposible la continuidad de la familia, al menos tal y como la concebía Le Play. La mayoría de los autores coinciden con la insistencia de Le Play en la transmisión intergeneracional de propiedad como clave de la sucesión y de los sistemas familiares<sup>2</sup>. Gran parte de la geografía de co-residencia sugiere que en la península Ibérica existían ambos sistemas familiares<sup>3</sup>. Aunque se ha realizado un número considerable de trabajos sobre el carácter de los sistemas familiares en contextos específicos de la península Ibérica, hay pocos estudios comparativos que abarquen la totalidad del país<sup>4</sup>.

El contexto legal de herencia y sucesión, forjado en buena medida durante la Edad Media, será un punto de partida esencial de esta exposición. Las prácticas consuetudinarias de herencia también desem-

<sup>1</sup> Para una útil perspectiva general de las implicaciones de algunas de las ideas de Le Play respecto de las prácticas de solidaridad familiar, véase Wall (1983).

<sup>2</sup> Una opinión moderadamente discrepante es la de Comas d'Argemir (1992), según la cual la herencia por sí sola no es suficiente, y debe ser entendida en el contexto de la reproducción social.

<sup>3</sup> Curiosamente, las tres familias españolas estudiadas por Le Play eran todas del norte (Galicia, Cantabria y el País Vasco), pero ninguna de ellas mostraba indicio alguno de organización en familia troncal. Véase Le Play (1990).

<sup>4</sup> Entre ellos, han sido de gran utilidad las contribuciones de antropólogos como Carmelo Lisón Tolosana (1976a, 1977), J. Contreras (1991), William Douglass (1988a). De especial interés es un trabajo reciente de Fernando Mikelarena Peña (1992b), historiador de la familia y demógrafo histórico de profesión. Para útiles perspectivas comparadas que cubren solamente las zonas de España caracterizadas por formas de familia compleja, véase Barrera González (1993). Véase también Kertzer y Brettell (1987).

peñaron una función importante en España a la hora de configurar las normas legales, con frecuencia muy generales, para adaptarlas a las necesidades de los diversos sistemas familiares. No podemos llegar a un buen conocimiento de estos sistemas sin entender los aspectos legal y consuetudinario de la sucesión<sup>5</sup>. Una vez más, el examen de los datos disponibles nos llevará a un análisis de la geografía de las «dos Españas», una con prácticas de sucesión relativamente divisibles y la otra con prácticas relativamente indivisibles. Se hará patente, no obstante, que el mosaico español era mucho más rico que lo que podría deducirse de esta simple distinción geográfica, dado que la indivisibilidad no tenía los mismos orígenes e implicaciones en Galicia que en Navarra, y la divisibilidad tenía un significado muy diferente para el campesino andaluz con tierras, pongamos por caso, que para el artesano de Cuenca.

Se examinarán aquí las teorías sobre los orígenes de los diferentes sistemas familiares de España, así como sus implicaciones. Los sistemas familiares no eran neutrales, y comportaban ciertas consecuencias económicas, demográficas y culturales. En última instancia, nuestro enfoque va a resaltar el componente cultural de distintos modos de organización y perpetuación de la familia. Estos sistemas se plasmaron por toda una serie de razones jurídicas, históricas, económicas, políticas y ecológicas. Ahora bien, una vez establecidos, contribuyeron a la configuración de pautas culturales normativas para una gran parte de la población. En muchos sentidos, esta «inercia» cultural explica la estabilidad de diversos sistemas prácticamente hasta el presente; una estabilidad que es a menudo sorprendente a la luz de la modernización económica, social y política que ha experimentado España en el transcurso del último siglo.

## Teoría y práctica de la sucesión en España

Como ocurre con muchos otros aspectos del desarrollo histórico español, las diferencias características en el derecho de familia tienen su origen en la Edad Media, cuando los reinos cristianos adoptaron

<sup>5</sup> Una serie de autores creen que los aspectos específicamente legales de la sucesión son mucho menos importantes que las prácticas consuetudinarias, las realidades demográficas y económicas, y los contextos ecológicos. Véase, por ejemplo, Mikelarena Peña (1992a: 135-137; 1992b: 40-43), Alonso (1947: 149).

diversas versiones del derecho romano, visigodo e islámico. La principal diferencia entre estas tres tradiciones legales en lo que respecta a la sucesión residía en la libertad concedida al testador. Bajo el derecho romano, la persona tenía total libertad para legar, bajo el derecho visigodo podía disponer libremente de una quinta parte de su propiedad como mejor creyera, y bajo el derecho musulmán era normalmente una tercera parte. Durante la Reconquista, estas tradiciones legales fueron adaptadas a las necesidades de las diferentes regiones de la España cristiana, enfrentadas a la tarea de colonizar los territorios gradualmente arrebatados a al-Andalus. En los albores de la Edad Moderna, estos constructos legales estaban ya relativamente bien definidos, y sólo sufrieron pequeñas revisiones hasta la elaboración del Código Civil en 1889. Pero aun entonces, las pautas familiares regionales fundamentales apenas se alteraron<sup>6</sup>.

El código legal castellano predominaba en la gran mayoría de la península, con la excepción de los territorios situados inmediatamente al sur de los Pirineos. Las Leyes de Toro (1505) amalgamaron diferentes tradiciones medievales, y crearon un sistema de sucesión que apenas varió durante casi cuatro siglos. Era éste un sistema basado en una libertad de transmisión limitada: una porción del patrimonio denominada la «legítima» correspondía a los herederos forzosos, y una parte de la legítima llamada «mejora» podía emplearse para «mejorar» a uno de los herederos. Cuando no había descendientes o ascendientes forzosos, la libertad del testador era total. Si tenía descendientes sólo podía legar libremente una quinta parte de la totalidad de su patrimonio. El restante 80 por ciento, denominado la legítima, se dividía en tres partes. Dos de ellas tenían que dejarse a sus descendientes legítimos a partes iguales, independientemente de su sexo o posición en el seno de la familia. El último tercio de la legítima podía legarse a cualquier sucesor forzoso elegido por el testador y, si lo hacía, se denominaba la mejora. La única innovación importante introducida por el Código Civil de 1889 fue incrementar la parte de la herencia de libre disposición para el testador (entre un 20 y un 33 por ciento del patrimonio) y la división de la legítima en dos partes iguales, una a ser repartida por igual entre los

<sup>6</sup> Esta visión general de las bases legales de la herencia en España sólo cubrirá los aspectos directamente relacionados con mi análisis de los sistemas familiares, e incluso dentro de este ámbito evitará del todo las múltiples complejidades inherentes a este tipo de jurisprudencia.

herederos forzosos y otra para la mejora<sup>7</sup>. El patrimonio de cualquier persona que muriera sin testar (*ab intestato*) se repartía a partes iguales entre sus descendientes legítimos, aunque fueran hijos de distintos matrimonios<sup>8</sup>.

En el sistema castellano, la mayoría de las herencias se transmitían *mortis causa*, aunque muchas veces se adoptaban disposiciones, normalmente sin valor legal, estando vivos tanto el testador como su prole. Cualquier transmisión legal de patrimonio que se produjera *inter vivos* se centraba en la dote, o aportación al matrimonio. Los padres estaban obligados por ley a proporcionar a sus hijas una dote, que representaba la mitad de su parte de la legítima. Salvo en familias muy acaudaladas, esta dote no solía suponer en la mayoría de los casos más que algunos efectos de necesidad inmediata utilizados para formar un nuevo hogar. Durante la vida de casada de la mujer, su marido tenía derecho a administrar su dote, aunque a su muerte ésta tenía que pasar al cónyuge vivo o a los herederos legales de la mujer. En Castilla, la autoridad de los maridos sobre las propiedades de sus mujeres era considerablemente mayor que en otras regiones de España, aunque nunca fuera total. Aparte de la dote, eran también administradores de cualquier otro bien patrimonial aportado por las mujeres al matrimonio a través de la herencia, así como de todos los bienes gananciales. En caso de muerte, no obstante, toda esta propiedad tenía que volver a sus esposas o a los herederos directos.

Aunque suele considerarse que el sistema de sucesión castellano produce prácticas de herencia divisible, lo cierto es que permitía a la persona una serie de posibilidades relativamente amplia para dar trato preferente a uno de los herederos si así lo deseaba. Los mecanismos mediante los cuales podía surgir esta situación se centraban en la parte del patrimonio de libre disposición (una quinta parte antes de la promulgación del Código Civil de 1889, y un tercio a partir de entonces), y en el uso discrecional de la mejora. Cualquier testador que

<sup>7</sup> Cuando uno de los progenitores decidía favorecer a un hijo en especial, podía poner restricciones o condiciones sobre el legado, siempre que éstas no afectaran a la parte de la legítima correspondiente a los demás herederos (Gacto 1987: 53-54).

<sup>8</sup> De no haber descendencia, había una serie de complejas normas que gobernaban la sucesión en diferentes niveles de parentesco (ascendiente, colateral, hijos ilegítimos, cónyuges, etc.). En Castilla, el cónyuge era quinto en la línea de sucesión. En otras regiones de España, la sucesión *ab intestato* era esencialmente similar a la estipulada por el derecho castellano en lo concerniente a los descendientes legítimos, aunque otros niveles de sucesión podían ser muy distintos.

deseaba legar una parte considerable de sus bienes a un solo heredero podía dejarle estas dos partes de su patrimonio, así como la porción de la legítima que la ley otorgaba al heredero elegido<sup>9</sup>. En el contexto anterior a 1889, por ejemplo, una persona con tres hijos vivos podía haber legado hasta el 64,1 por ciento de su patrimonio al heredero elegido; y bajo el Código Civil esta proporción habría aumentando hasta el 77,8 por ciento<sup>10</sup>. Cuando las familias recurrían a la «mejora del tercio y quinto», la importancia de la propiedad recibida por el heredero elegido habría sido sólo marginalmente inferior a la recibida por el «heredero universal» en las zonas de España caracterizadas por prácticas de herencia indivisible. El uso de estas opciones permitidas por el sistema legal vigente era lo que determinaba que la herencia fuera o no realmente divisible en las regiones donde predominaba el sistema legal castellano.

Bajo el paraguas del derecho sucesorio castellano, las prácticas consuetudinarias produjeron una serie de tipos diferentes de sucesión. La clave de todas ellas era el uso de la mejora como medio para favorecer de manera diferencial a un heredero frente a sus hermanos. En la propia Castilla, así como en Extremadura, León, Andalucía y Murcia, la práctica de divisibilidad parece haber sido casi total, mientras que en Galicia, Asturias, Guipúzcoa y, en menor grado, Santander y Valencia, tendían a imponerse diversas limitaciones a este sistema, de tal modo que la divisibilidad nunca era total. Es en dichas prácticas donde va a centrarse nuestra atención en las páginas que siguen.

La provincia de Cuenca nos ofrece un excelente ejemplo de divisibilidad castellana casi perfecta<sup>11</sup>. Allí, la clave para entender la suce-

<sup>9</sup> Ésta se denominaba muchas veces la «mejora de tercio y quinto». Esta terminología era imprecisa puesto que desde un punto de vista legal sólo el tercio era parte de la mejora, que tenía que ser legado a un heredero legítimo, mientras que el quinto atañía a la parte del patrimonio que el testador podía legar libremente (Gacto, 1987: 51-53).

<sup>10</sup> Antes de 1889, esto habría representado la suma del 20 por ciento de libre disposición más el tercio de la legítima denominado «mejora» (un tercio del 80 por ciento = 26,4 por ciento), más un tercio de los dos tercios restantes de la legítima que legalmente correspondía a su heredero (un tercio de 53,6 por ciento = 17,7 por ciento). De haber existido cuatro hijos vivos, la proporción habría sido de 59,8 por ciento, y de haber sólo dos, de 73,2 por ciento. Después de 1889, con dos o cuatro hijos vivos la proporción destinada al heredero elegido habría sido del 83,3 y el 75,0 por ciento respectivamente.

<sup>11</sup> Para otros estudios sobre la divisibilidad prácticamente total de la herencia en las zonas donde regía el derecho castellano véase, por ejemplo, Behar (1986: 66-88), Bran-

sión se encuentra en el hecho de que eran muy pocas las personas que se molestaban en hacer últimas voluntades y testamentos. Para aquellos que no los hacían, la herencia era por definición totalmente divisible. De haber sido así sólo en el caso de los jornaleros, por ejemplo, no habría tenido gran importancia porque, en su mayoría, tenían escasos bienes que legar. Pero se trata de una norma de conducta que parece haber sido ubicua en la provincia y entre todos los grupos sociales. Pese a la dificultad para estimar el porcentaje de personas que hacía testamento legal en las zonas rurales, donde un mismo notario solía atender a varios pueblos, al parecer sólo entre el 10 y el 20 por ciento de los adultos con patrimonio testaba legalmente<sup>12</sup>. En aquellos casos en que se hacía, solía ser para legar parte de la propiedad a alguna institución extrafamiliar (como la Iglesia), para prevenir posibles conflictos, para mejorar a un hijo o hija que había sido especialmente servicial con sus padres durante algún período de enfermedad, o para garantizar la educación de los hijos pequeños<sup>13</sup>. Los testamentos se empleaban también para asegurarse de que cada hijo recibiera una parte igual de la herencia, después de que algunas porciones del patrimonio hubieran sido ya entregadas anteriormente en concepto de regalos de boda<sup>14</sup>. Finalmente, muchos testamentos estipulaban también alguna clase de ayuda económica o moral para el cónyuge viudo, aunque podían imponerse condiciones en este caso<sup>15</sup>. Es ex-

des (1971: 120-123); Pérez Díaz (1966: 81-88), Gilmore (1980: 158-161), Freeman (1970: 67-70; 1979: 114-117). Gran parte del material sobre Cuenca de los párrafos siguientes está tomado de Reher (1988: 202-216).

<sup>12</sup> La evidencia etnográfica, extraída de entrevistas con campesinos viejos, indica que esencialmente la gente era reacia a invertir esfuerzo y dinero en hacer testamento. «Los que iban al notario eran los que olían peligro» (entrevista n.º 1). «¿Testamento? La gente no hacía eso. No estaban dispuestos a gastarse las 25 pesetas que costaba hacer testamento» (entrevista n.º 7).

<sup>13</sup> En su lecho de muerte, Manuela Monreal de Belmonte (1824), legó su casa a la hija que la había cuidado durante 19 años, que «no es ni la mitad de lo que le debo». María Muñoz de Zerdosa, de Canalejas, legó a su hijo Sebastián de Zerdosa, «una mejora, y por razón de todo el bien que me ha hecho a mí y a mi marido», la mitad de una casa «que no tiene que compartir con sus hermanos». Los ejemplos de esta índole no son difíciles de encontrar. De las entrevistas se desprende que el uso de la mejora era extremadamente excepcional.

<sup>14</sup> En Beteta, por ejemplo, después de enumerar todos los bienes (mobiliario, un ternero, etc.) que había donado a sus hijos y los cónyuges de éstos, Carlos González ordenó que sus tres hijos se cercioraran de recibir cada uno partes «que se igualen entre sí».

<sup>15</sup> En 1822, en Belmonte, Manuel Manzano donó su casa a su esposa en usufructo hasta su muerte, y después a sus seis hijos. En 1765 en Canalejas, Antonia de Alcázar

tremadamente infrecuente encontrar un testamento en que se encuentre algún indicio o intención de beneficiar a un hijo a expensas de sus hermanos.

La transmisión del patrimonio en Cuenca se hacía, pues, fundamentalmente sin hacer uso de testamentos legales; en la gran mayoría de los casos se aplicaban las normas de sucesión divisible *ab intestato*. Pese a que este tipo de transferencia de propiedad patrimonial era técnicamente *postmortem*, había sido, en realidad, acordada *inter vivos* por medio de las hijuelas. Estos documentos, especialmente frecuentes en La Mancha, contenían una relación de todos los bienes y propiedades que habían recibido las parejas jóvenes desde el día de su compromiso matrimonial hasta el de la boda, y se utilizaban para igualar las partes que cada uno de ellos tenía en la herencia de sus padres (Costa, 1902b: 177-178)<sup>16</sup>. En otras palabras, en las hijuelas se establecían los bienes correspondientes a cada hijo y recibidos en usufructo en el momento del matrimonio. Hacían referencia, por tanto, a una herencia ya conocida antes de la muerte de los padres, y eran, por lo general, acordadas entre todos los herederos. En otros contextos las hijuelas eran de hecho una relación y partición de todos los bienes que se iban a legar en su día.

La igualdad perfecta no siempre era totalmente posible, y era inevitable que surgieran tensiones familiares<sup>17</sup>. Dado que las hijuelas eran documentos privados, su validez legal podía ser cuestionada en caso de surgir algún litigio. Parece ser, no obstante, que había sorprendentemente pocos litigios en torno a la herencia familiar. Aun si en ocasiones alguno de los herederos podía con razón considerarse

legó a su marido 200 ducados, «por el gran amor y afecto que hemos tenido». En 1792 Juan José Marquina y Brionés, de Priego, donó la casa a su esposa para que ella y su hija pudieran vivir juntas en la misma. En caso de que la hija se casara y saliera de la casa «mi esposa puede permanecer en ella». Finalmente, en el testamento de Micaela Bonillo (Belmonte, 1824), se declara que el usufructo de la casa familiar y un molino debe pasar al marido «si sus hijos lo aprueban, y mientras no contraiga nuevas nupcias...».

<sup>16</sup> Eran documentos privados acordados entre padres e hijos, aunque normalmente redactados por expertos en esta práctica, llamados «abogados de pobres», de la localidad. En algunas zonas de La Mancha, a comienzos de este siglo, el valor de los «regalos de boda» suponía entre 3.500 y 6.000 pesetas. Esto representaba aproximadamente entre uno y dos años de los ingresos medios anuales de una familia en ese momento. La gente que redactaba estos documentos cobraba de 3 a 4 pesetas (Costa, 1902b: 177-178).

<sup>17</sup> Aun así, normalmente la desviación respecto al valor real de la herencia solía ser pequeña (Behar, 1986: 88).

injustamente tratado, todas las personas entrevistadas insistieron en que la herencia se había repartido a partes iguales sin excepción, confirmando con ello buena parte de lo encontrado en los testamentos hechos durante los siglos XVIII y XIX<sup>18</sup>.

Teniendo presente que la gran mayoría de las personas moría sin haber hecho testamento, por fuerza tenía que prevalecer la herencia estrictamente divisible. Es interesante advertir, no obstante, que en Cuenca y probablemente en casi toda Castilla, la igualdad ante la herencia era mucho más que una imposición legal: era parte integral de la práctica consuetudinaria de sucesión y esencial para las expectativas de las personas. Sin lugar a dudas, la herencia estrictamente divisible era una conducta normativa, y el hecho de que tan pocas personas recurrieran a los testamentos ante notario da testimonio del profundo arraigo de esta práctica.

Desde un punto de vista estrictamente legal, con la excepción de la dote y otros regalos de boda, la sucesión *ab intestato* sólo podía ocurrir a la muerte de los padres. De haber sido esto totalmente cierto, el matrimonio habría dependido en buena medida de la mortalidad de la generación parental. En realidad, sin embargo, el acceso a la herencia solía producirse mucho antes de la muerte, aunque lo que se transfería era el usufructo de la propiedad más que ésta misma. Los efectos económicos eran, no obstante, similares. La transmisión del usufructo podía producirse en el momento del matrimonio de un descendiente, a la muerte de uno de sus padres o cuando éstos eran ya demasiado mayores para seguir trabajando los campos por sí solos<sup>19</sup>. En ninguno de estos casos se transmitía toda la herencia necesariamente, aunque podía también ocurrir. Generalmente, la dote tendía a estar compuesta de bienes que pudieran ayudar a la hija a po-

<sup>18</sup> «Generalmente se hacían lotes. Se llamaba a personas sensatas del pueblo que determinaban el valor de los diferentes campos. Éstas solían ser los tíos. Ellos componían las hijuelas, que eran una especie de contrato privado...Tenían valor legal siempre que las familias las respetaran; y la hijuela donada por tu padre era sagrada. Pero su validez con respecto al notario y al registro de la propiedad era más dudosa porque ya ve que la propiedad nunca se registraba realmente. Era un documento que nunca llegaba a las mesas de los recaudadores de impuestos» (entrevista n.º 1). «Solían hacerse tantos lotes como hijos había...» (entrevista n.º 10). Para una perspectiva de las hijuelas en otro contexto, véase Behar (1986: 68-88).

<sup>19</sup> En áreas de León, por ejemplo, al hacerse viejos los padres era frecuente que repartieran sus tierras entre sus hijos a cambio de unos ingresos (López Morán, 1902: 253). Estos acuerdos existían en muchos sitios y no solían formalizarse en ningún instrumento legal.

ner su casa. Más frecuente era la práctica por la cual una pareja joven, al casarse, accedía al usufructo de parte de su futura herencia. Esto era normalmente un intercambio informal, y muchas veces adoptaba la forma de regalo de boda o acceso a una parte del patrimonio enumerado en la hijuela<sup>20</sup>. Cualquier regalo de boda o adelanto de la herencia era al final igualado cuando los padres morían.

No está claro hasta qué punto variaba este sistema en otras zonas de España donde predominaban las prácticas de herencia divisible<sup>21</sup>. En términos generales, las mujeres tenían una función relevante en la transmisión de bienes en toda la región, porque siempre conservaban su patrimonio y lo legaban separadamente a sus hijos, aunque durante el matrimonio fuera administrado por el marido. Las dotes solían ser insignificantes, y su contenido exacto podía variar por regiones<sup>22</sup>. Pero en Cuenca se producían otras transmisiones de propiedad informales en el momento del matrimonio que oficialmente no formaban parte de la dote. Se desconoce el grado en que se producía este tipo de proceso en otras regiones con tradiciones legales castellanas. El hecho de que las dotes tuvieran una importancia sólo relativa en gran parte de la región no debe inducirnos a perder de vista el hecho de que los patrimonios familiares eran esencialmente cuestión de los dos sexos, y que dicho patrimonio era en la mayoría de los casos,

<sup>20</sup> Esta práctica surgió en una serie de entrevistas etnográficas. «Podían dejar que sus hijos trabajaran alguna tierra cuando se casaban, pero los propietarios seguían siendo los padres. El padre de él o de ella podía decir, por ejemplo, «esta va a ser tu tierra y por eso vas a trabajarla, pero no te pertenece todavía» (entrevista n.º 4). «Cuando los hijos se casaban, sus padres solían darles un poco de tierra y, si podían, una mula y algo de trigo..., pero cuando llegaba la hora de partir, todo se hacía equitativamente» (entrevista n.º 8). «Si tenían dos casas, sus padres les daban una y también les dejaban que sembraran algo. Seguían atados a sus familias en el uso de la tierra, aunque vivieran independientes. Seguían trabajando los campos de sus padres. A lo mejor recibían también alguna oveja. Como regalo de boda. Después se ponía en la hijuela» (entrevista n.º 1).

<sup>21</sup> Unos mayores niveles de complejidad del hogar, aparecidos en ciertas zonas de Andalucía, podrían indicar que al menos en estas partes ciertos sectores minoritarios de la población podrían no haber participado totalmente en la sucesión divisible. Sobre esta cuestión, véase, por ejemplo, Pitt Rivers (1961) o Moreno Navarro (1972: 144).

<sup>22</sup> Sobre el tema de las dotes y toda la cuestión de género y transmisión de la propiedad, véase Brettell (1991: 348-353). Sobre el mismo tema en Murcia, véase Chacón (1987b: 160-166). En este último caso, el autor concede una importancia considerablemente mayor a las dotes de las mujeres, aunque esto podría deberse a que la mayoría de las familias seleccionadas en esta muestra pertenecían a la élite de la sociedad murciana.

especialmente en zonas rurales, mucho más importante que las posesiones acumuladas durante el matrimonio. Desde un punto de vista económico, en las zonas de herencia estrictamente divisible, como Castilla, Murcia, Andalucía o Extremadura, la sucesión era un asunto mucho más complicado que en las regiones donde predominaba la indivisibilidad, porque todo el mundo participaba plenamente en el hecho, y no sólo el heredero elegido y sus padres.

Galicia, Asturias, Guipúzcoa y parte de Santander y Valencia eran otras zonas de España donde imperaba esa tradición legal castellana por la cual las prácticas de herencia estrictamente divisible no eran universalmente observadas. En todas ellas, el uso discriminatorio de la mejora era el determinante de sus peculiares prácticas de sucesión. En *Galicia*, los niveles prevalecientes de complejidad del hogar suministran pruebas evidentes de la existencia de ciertas restricciones sobre la herencia divisible, aunque no hay acuerdo en cuanto al carácter exacto de la forma predominante de sucesión. Hace algunos años, Carmelo Lisón Tolosana (1976b: 305-306; 1987: 84-88) identificó tres pautas diferentes: una típica de las regiones montañosas del interior en que el hijo primogénito se casaba y co-residía con sus padres, heredando con el tiempo la mayor parte del patrimonio familiar; otra de los pueblos del litoral costero donde se elegía a una de las hijas, que se casaba y co-residía en casa de sus padres; y finalmente otra en Orense con división a partes iguales de la propiedad y pautas neolocales de residencia<sup>23</sup>. El trabajo de Lisón es atractivo y ha tenido gran influencia, aunque la geografía de sucesión que él describe no es enteramente compatible con la de co-residencia que ha aparecido en investigaciones recientes sobre la Galicia del siglo XVIII, en los datos a nivel de partido judicial de los censos de 1860 y 1887, ni en las cédulas censuales de 1970<sup>24</sup>. Aunque esta evidencia no es en modo alguno concluyente, sí apunta a la necesidad de nuevas investigaciones sobre el tema.

Recientemente han aparecido innovadores trabajos sobre estructura del hogar y prácticas hereditarias en algunas zonas de la Galicia del siglo XVIII<sup>25</sup>. Pese a que una buena parte de estos trabajos sobre

<sup>23</sup> Para pautas de herencia en Orense, véase también Tenorio (1982).

<sup>24</sup> En 1970, por ejemplo, el porcentaje de hogares multifamiliares de Orense era casi el mismo que el de Galicia en general (12,4 por ciento frente a 13,6), y lo bastante elevado para indicar la presencia de ciertos tipos de sucesión indivisible.

<sup>25</sup> De especial interés en este punto son los trabajos de Isidro Dubert García (1987; 1992a), Camilo Fernández Cortizo (1982; 1988) y Pegerto Saavedra (1985).

prácticas de sucesión no cubren la totalidad de Galicia, el uso minucioso de protocolos notariales nos permite obtener una mejor perspectiva de las pautas de herencia en ciertas áreas de Galicia durante la época de la Ilustración. En las zonas rurales en torno a Santiago, casi la mitad de los testamentos beneficiaban a un solo heredero de manera preferente y, entre éstos, se daba prioridad a los varones en casi dos de cada tres casos. Normalmente, el heredero elegido (el *millorado*) era el primogénito, y éste estaba obligado a vivir «a una mesa y manteles» con el testador. De esta costumbre surge la tradicional figura gallega del «casado en casa»<sup>26</sup>. En la ciudad de Santiago de Compostela, la situación era similar salvo que la proporción de testamentos con «mejora» era inferior (aproximadamente un tercio) y se advertían acusadas diferencias por categoría ocupacional (Dubert García, 1992a: 184-195). Las dotes y otras formas de donación eran vías complementarias para asegurar la co-residencia y la sucesión preferente.

La situación descrita para el área en torno a Santiago sugiere que no era infrecuente dar tratamiento preferencial a un heredero en el testamento, y esto comportaba la obligación de residir con la familia parental y ocuparse de ella. Aunque el varón de mayor edad tendía a ser el preferido, hay un número suficiente de hijas receptoras de mejoras para indicar que era una práctica que afectaba a ambos sexos de manera relativamente general. No está claro lo que ocurría a los hermanos que no recibían la mejora, salvo que nunca perdían su parte de la legítima. Para Dubert García (1992a: 265) estos mecanismos se empleaban fundamentalmente por dos razones: para garantizar el bienestar de los padres en su vejez mediante la co-residencia con la generación más joven; y para mantener la viabilidad e integridad de la heredad familiar. La situación que Dubert García pinta es interesante pero plantea al fin y a la postre una serie de preguntas. La más importante de éstas concierne al grado de extensión de la práctica de la mejora, porque el hecho de que entre un tercio y la mitad de todos los testamentos contuvieran mejoras no nos dice exactamente cuántas familias utilizaron este procedimiento. A juzgar por los niveles de complejidad relativamente reducidos de los hogares en la Galicia del siglo XVIII, cabría sospechar que una proporción nada desdeñable de la población no hacía uso de la mejora, y posiblemente ni tan siquiera

<sup>26</sup> Para detalles más completos, véase Dubert García (1992a: 184-265, 428-432).

se molestaba en hacer testamento<sup>27</sup>. Es más, cabe imaginar que la protección de la integridad del patrimonio familiar que permitían dichas prácticas no era precisamente total dado que el proceso de fragmentación de la tierra se convirtió en característica de la historia gallega durante los siglos XVIII y XIX.

También en *Asturias* parece haber existido más de un tipo de sucesión familiar, con predominio de la herencia estrictamente divisible en la zona montañosa del sur de la región, e indivisibilidad modificada en las zonas más septentrionales. La mayoría de los autores parecen coincidir en que la preservación del hogar familiar estaba asegurada porque la tendencia era a elegir a un sólo heredero por encima de sus hermanos. Ahora bien, este proceso no consistía simplemente en elegir al heredero y otorgarle la mejora. Antes de ese momento transcurría un período en que la propiedad familiar era administrada por un solo hijo, normalmente el primogénito, aunque seguía perteneciendo a ambos padres y recaía al fin en todos los herederos legítimos<sup>28</sup>. La forma en que esto se llevaba a cabo era mediante una donación prematrimonial, denominada «heredamiento familiar», que normalmente donaban los padres en la vejez a uno de sus hijos, otorgándole el derecho a administrar y conservar la propiedad familiar y la «casería» (el hogar familiar). Esta donación no incluía derechos de propiedad, sino que más bien abría un período en que la heredad familiar era conjuntamente trabajada por la totalidad de la familia, y administrada por la persona que llegaría a convertirse en heredero mejorado. Durante este período, el hijo elegido tenía obligación «de vestir, alimentar y educar» a sus hermanos solteros, así como a costear su viaje si emigraban a América. La recepción de la donación solía comportar la obligación de co-residir con la generación anterior. Cuando se casaba el heredero mejorado, se prometía la mejora en el contrato matrimonial, con lo que se consolidaba su papel de heredero elegido. Este proceso parece haber sido una estrategia para garantizar el mantenimiento de los ancianos y maximizar la eficiencia de la finca

<sup>27</sup> El número de testamentos empleado por el autor en, por ejemplo, 1790 para Santiago y sus alrededores fue de 87, muchos menos que el número total de adultos con propiedades que probablemente murieran en ese año (Dubert García, 1992a: 186). Con una población superior a las 15.000 personas en 1787, sólo la ciudad de Santiago de Compostela tendría en torno a 250-300 muertes de adultos anuales.

<sup>28</sup> Sobre este tema véase, por ejemplo, Prieto Bances (1976: 957-958), Fernández Martínez (1953), y Pedregal y Cañedo (1902).

familiar, y sólo en segundo lugar para mantener intacta la propiedad de generación en generación.

Un reciente estudio antropológico ha encontrado una práctica hereditaria totalmente diferente —basada en la distribución igualitaria de toda la propiedad familiar entre los herederos legítimos— en el pequeño pueblo de Escobines, situado en los montes de la zona meridional de Asturias, cerca de León (Fernández y Fernández, 1988: 127-130). En este contexto, las familias parecen haber intentado evitar la fragmentación de sus propiedades fomentando los matrimonios entre parientes próximos o incluso por intercambio matrimonial entre hermanos. No está claro hasta qué punto eran comunes estas prácticas y, basándose en la información disponible, parece prematuro generalizar para toda la región. Con todo, es improbable que ninguna de estas medidas de consolidación de la propiedad tuviera mucho éxito a lo largo de los dos últimos siglos, un período en que la fragmentación de la propiedad y la emigración se convirtieron en aspectos corrientes de la vida asturiana.

En *Cantabria* parece haberse practicado ampliamente la sucesión divisible, con la excepción de algunas comarcas de la zona occidental de la región, como el Valle de Liébana, donde era frecuente que ciertos herederos recibieran una mejora, que se daba a condición de que el heredero elegido permaneciera en casa con sus padres jubilados y cualquier otro hermano soltero<sup>29</sup>. Pero en el siglo XVIII, en esta comarca se hizo testamento aproximadamente en una tercera parte de todos los casos posibles, y, dentro de ésta, sólo alrededor de un 35 por ciento otorgaban expresamente al heredero elegido una estricta «mejora de tercio y quinto». Pese a que esta estimación es sólo aproximada, sugiere que solamente en un cuarto de todos los casos se señalaba un heredero en especial (Lanza, 1988: 153-155). Garantizar el cuidado de los padres mayores parece haber sido la primera preocupación de la familia cuando decidía elegir a un heredero y obligarle a residir con sus padres<sup>30</sup>. En la mayoría de los casos esto sólo lo hacían los labradores relativamente acomodados cuyas pro-

<sup>29</sup> Para información sobre prácticas de herencia durante este período, son de gran utilidad dos publicaciones recientes de Ramón Lanza (1988: 141-182; 1991: 359-363).

<sup>30</sup> También existía un tipo de contrato de jubilación denominado «alargo de bienes», por el que los padres entregaban al hijo elegido el usufructo de la tierra mientras se ocupara de ellos. Pero esto no significaba por fuerza que dicho hijo fuera el heredero preferido (Lanza, 1988: 151-152). Estas disposiciones para la jubilación también existían en otras zonas de Castilla, aunque raras veces se formalizaban.

piedades eran lo bastante grandes para que mereciera la pena una sucesión selectiva y en el caso de herederos con escasas posibilidades de encontrar trabajos complementarios fuera de la casa (Lanza, 1991: 361-363). En el resto de Santander, se observaba al parecer la sucesión divisible en la gran mayoría de los casos hasta muy entrado el presente siglo<sup>31</sup>.

Los sistemas de sucesión y de familia del resto de España, donde en general no tenían vigencia las tradiciones legales castellanas, tampoco eran uniformes. En *Cataluña*, donde prevalecía el derecho romano, una diferencia esencial era que la parte de libre disposición de la propiedad era muy superior al resto de España, siendo de un 75 por ciento de todo el patrimonio. No había mejora en Cataluña, y la persona designada como heredero universal que tuviera, digamos, dos hermanos podía llegar a recibir hasta el 83 por ciento de los bienes familiares<sup>32</sup>. Se ha dicho que el sistema de sucesión catalán probablemente se originara en la Alta Edad Media, cuando el feudalismo carolingio de la Marca Hispánica se convirtió en punta de lanza cristiana en la península Ibérica frente a los territorios del sur dominados por los musulmanes (Terradas, 1984: 15-42). Sería a principios de la Edad Moderna cuando el sistema de familia troncal de Cataluña se consolidó y se difundió a la mayoría de los sectores de la sociedad (Barrera González, 1990: 27-31).

La clave de la sucesión en Cataluña era una donación denominada *heretament* que se hacía en el contrato matrimonial<sup>33</sup>, en virtud de la cual los padres prometían su patrimonio al heredero elegido. Dicha donación era absolutamente irrevocable y atañía al patrimonio no en el momento del convenio matrimonial sino de la muerte de los padres. Hasta entonces, los padres conservaban la plena posesión de sus bienes, los cuales podían administrar como mejor creyeran. Las únicas limitaciones a esta herencia eran que el heredero designado respetara la legítima de los demás descendientes directos, aunque esto representaba en realidad muy poca cosa. En los contratos matrimoniales solía haber una cláusula adicional en que se nombraba here-

<sup>31</sup> Sobre el predominio de la herencia divisible entre los pasiegos de Santander, véase Freeman (1979: 114-117). Para una perspectiva contraria que destaca la existencia de al menos alguna forma de indivisibilidad, véase Christian (1972).

<sup>32</sup> El 75 por ciento provenía de la parte del patrimonio del que disponía libremente el cabeza de familia, más otro 8,3 por ciento correspondiente a su parte de la legítima.

<sup>33</sup> Llamados *capítols matrimoniales* en catalán.

dero al primer hijo varón de la pareja recién casada en caso de la muerte súbita de sus padres intestados. De esta manera, los contratos matrimoniales y todo el asunto de la sucesión en Cataluña afectaban siempre a tres generaciones<sup>34</sup>.

En teoría, el heredero elegido debía ser la persona con mejores «condiciones morales e intelectuales» para perpetuar la tradición familiar; en la práctica, no obstante, era el hijo primogénito (el *hereu*) o, si no había herederos masculinos, la hija mayor (la *pubilla*). Al resto de los hermanos se les compensaba con una dote o con la parte del patrimonio estipulada por la ley, que solía consistir en dinero o, si no era así, en tierras o bienes básicamente marginales al patrimonio familiar. Era el *hereu* (o la *pubilla*) el que decidía la forma de dichas compensaciones. De morir una persona sin haber elegido heredero en su propio contrato matrimonial o el de su hijo, o sin haber dejado últimas voluntades y testamento, su patrimonio se repartía entre todos sus descendientes. Pero esto parece haber sido un caso muy infrecuente, incluso entre familias con pocos bienes. Donaciones, contratos matrimoniales, dotes y testamentos parecen haber formado parte esencial de la vida de la mayoría de las familias catalanas<sup>35</sup>. En la donación, los padres se reservaban el usufructo del patrimonio familiar hasta su muerte, y el *hereu* se comprometía a seguir las indicaciones de su padre en la administración de la hacienda. El padre a su vez se comprometía a mantener «en su casa y su compañía» al *hereu*, su mujer y sus hijos, y a proporcionarles todo lo necesario para su sustento. Así pues, el matrimonio de un *hereu* significaba el comienzo de un prolongado período de aprendizaje en la administración de las propiedades del padre, pero no se accedía al control total hasta la muerte de éste. La duración del período de co-residencia de ambas generaciones en la familia troncal catalana estaba, por tanto, estrechamente ligada a la edad del *hereu* al casarse y a la esperanza de vida de sus padres.

En el marco de este contexto general, pueden detectarse una serie de variantes. La preeminencia de la primogenitura patrilineal y la co-

<sup>34</sup> Para una valiosa descripción de las prácticas de sucesión catalanas, véase Barrera González (1990: 92-104). Véase también Hansen (1977: 84-88), Ferrer i Alòs (1987) y Terradas (1980).

<sup>35</sup> Para una perspectiva general de la importancia empírica y cultural de los contratos matrimoniales para las prácticas de sucesión catalanas, véase Barrera González (1990: 131-161).

residencia patrilocal se observaba de manera muy estricta en lo que se denomina *Catalunya Vella*<sup>36</sup>, entre los *pagesos* y en zonas caracterizadas por formas de asentamiento relativamente dispersas y por economías rurales basadas en la producción de cereales (Barrera González, 1990: 4, 73-85). Otros estudios han demostrado, sin embargo, que la primogenitura era también muy practicada en otras zonas aparte de *Catalunya Vella*, aunque quizá no de manera tan exclusiva como en las regiones más septentrionales<sup>37</sup>. En ciertas partes del Pirineo catalán occidental, el heredero elegido era el primogénito pero no necesariamente el varón, y en Tortosa podía ser el hijo menor el que co-residiera y cuidara de los padres (Barrera González, 1993: 143). Ahora bien, todas estas variantes producían sucesión indivisible de una forma u otra.

Hasta mediados de este siglo, la práctica más generalizada era que el joven heredero y su esposa co-residieran y comieran con sus padres, y con tíos y tías solteros y cualquier otro hermano soltero que siguieran viviendo en la casa paterna, llamada *casa pairal*. En años más recientes existen indicios de que muchos de los herederos elegidos tienden a vivir en casa aparte para disfrutar de mayor independencia e intimidad. Pero esta «nuclearidad» de algunas familias troncales catalanas no debe confundirse con fórmulas de sucesión divisible, porque el *hereu* sigue considerándose heredero del linaje familiar y a él pertenece el patrimonio familiar. En fecha tan reciente como 1979, en el pueblo de Gurb de la Plana, situado en la zona norte de la provincia de Barcelona cerca de la ciudad de Vic, un 84,6 por ciento de los herederos elegidos co-residían en la casa paterna, bien directamente con toda la familia o en una parte de la casa acondicionada para ellos (Barrera González, 1990: 170-172, 372-377)<sup>38</sup>. En Cataluña, la *casa pairal* se convirtió en centro de la vida rural, y no sólo era el lugar de co-residencia del heredero, sus padres y su cónyuge e hijos, sino también donde vivían los demás hermanos an-

<sup>36</sup> Esta era el área al norte de la Marca Hispánica establecida en origen por Carlomagno.

<sup>37</sup> Un ejemplo de esto podría ser el pueblo de Sant Pere de Riudebitlles situado en la comarca del Penedès al sur de Catalunya Vella, con pautas de asentamiento concentrado, viticultura, y fábricas papeleras. En este contexto, la primogenitura era ampliamente practicada por todos los grupos sociales. Véase Torrents i Rosès (1992, 1993).

<sup>38</sup> Un 10,9 por ciento vivía en una casa totalmente distinta. Las parejas jóvenes consideran muy natural esta práctica de residencia separada, los padres la toleran, pero es fuente de alarma y preocupación para los abuelos (Barrera González, 1990: 339).

tes de casarse, e incluso durante períodos de tiempo más o menos prolongados después de su salida de la casa. En muchos sentidos la *casa pairal* simboliza los fuertes lazos entre el *cap de casa* (varón mayor de la familia troncal), el *hereu*, su mujer (la *jove*) y sus hijos, y los restantes hermanos (*cabalers*) que muchas veces vivían en lugares lejanos, pero que utilizaban el tronco familiar como fuente de ayuda tanto económica como personal<sup>39</sup>.

En origen, el derecho romano había gobernado la sucesión en *Valencia*, con una legítima reducida —de un tercio a la mitad de la herencia, dependiendo del número de herederos vivos—, pero a consecuencia de la Guerra de Sucesión española de comienzos del siglo XVIII, se impuso en todo el reino valenciano la tradición legal castellana. No era infrecuente que las familias con tierras en la rica zona de regadío de la Huerta, al oeste y sur de la ciudad de Valencia, mejoraran a un heredero elegido, normalmente un hijo, con una «mejora de tercio y quinto»<sup>40</sup>. Ésta, sin embargo, no solía hacerse efectiva hasta la muerte o jubilación de la generación de los padres, y la mayoría de las donaciones realizadas en el momento del matrimonio consistían en bienes suficientes para ayudar a la joven pareja a iniciar su vida de casados (Garrido Arce, 1992b: 95-96). En ocasiones, estas donaciones comportaban la obligación de co-residir y cuidar de la generación mayor, aunque no está clara la frecuencia de esta práctica. Pese a ser indudable que esta estrategia estaba al menos parcialmente pensada para mantener la heredad familiar relativamente intacta, como se desprende en buena medida de los niveles modestamente elevados de pautas complejas de co-residencia, sería arriesgado aventurar su difusión exacta<sup>41</sup>. Además, no era raro encontrar padres activamente preocupados por procurar la igualdad entre sus herederos (Garrido Arce, 1992b: 100-103). Es muy posible que en el siglo XVIII, el sistema de herencia estuviera experimentando en Valencia un proceso de transición hacia la divisibilidad más o menos total. Hacia mediados del siglo XIX, sólo existen indicios de la presencia de estructu-

<sup>39</sup> Sobre este punto véase, por ejemplo, Hansen (1977: 84-87).

<sup>40</sup> Para información sobre la herencia en la Huerta valenciana durante el siglo XVIII, véase Garrido Arce (1992b); Pérez García (1988a; 1988b; 1989); Benítez Sánchez-Blanco (1992). Véase también Garrido Arce (1992a; 1995).

<sup>41</sup> Por ejemplo, en el pueblo de Meliana, en la Huerta, la mejora se utilizó en aproximadamente la mitad de los testamentos, pero es imposible saber cuántas familias murieron sin dejar última voluntad alguna (Garrido Arce, 1992b: 94). En el resto de la Huerta las proporciones parecen haber sido similares (Pérez García, 1989).

ras complejas del hogar en algunas zonas de esta región, y en 1970 los niveles de complejidad de Valencia misma eran ligeramente inferiores a la media vigente en el conjunto de España (Flaquer y Soler, 1990: 118).

En origen, las normas legales de sucesión de Aragón dictaban que todos los descendientes tenían derecho a participar por igual en la herencia, aunque en 1307 fueron modificadas para la nobleza de modo que pudiera elegirse a un heredero universal, siempre que los demás herederos fueran compensados en la medida que se considerase necesaria (*quantum eis placuerit*)<sup>42</sup>. En 1311 la Cortes de Daroca ampliaron este derecho a todos los ciudadanos. En el contexto de esta tradición legal, se admitía la donación *inter vivos* de toda la propiedad a favor de un solo heredero, siempre que otros descendientes directos recibieran los alimentos y dotes necesarios<sup>43</sup>. En este sentido, la donación era muy similar al *heretament* de Cataluña y pasó a formar parte del contrato matrimonial, con la diferencia de que en Aragón no existía una auténtica legítima, y la familia no estaba obligada a elegir al hijo primogénito y podía optar por cualquiera de sus hijos sin distinción de sexo<sup>44</sup>. En el contrato matrimonial, el heredero y su cónyuge asumían la obligación de co-residir en la casa paterna, bajo la autoridad del padre, junto a cualquier hermano que quedara en el hogar<sup>45</sup>. En algunos casos, la sucesión no se estipulaba en el contrato matrimonial, sino en las últimas voluntades y el testamento del cabeza de familia. Cuando se elegía esta fórmula, el padre conservaba el

<sup>42</sup> Sobre el tema de sucesión y herencia en Aragón, véase Martín-Ballesteros Costea (1949), Costa (1902a), Moreno Almarcegui y Torres Sánchez (1993), Comas d'Argemir y Pujadas (1980), Comas d'Argemir (1991), Lisón Tolosana (1966), Moreno Almarcegui (1992).

<sup>43</sup> La costumbre medieval implicaba que todos los demás herederos recibirían 10 «suelos jaqueses» como retribución por su parte de la herencia. En realidad, solían recibir una parte del patrimonio determinado por la familia.

<sup>44</sup> Por ello, el sistema aragonés terminó siendo algo más flexible que el de Cataluña, donde el primogénito varón era casi invariablemente el heredero. Pese a ello, al menos entre la nobleza baja del pueblo de Plasencia del Monte en los siglos XVII y XVIII, el hijo era el heredero designado en un 80 por ciento de todos los casos (Moreno Almarcegui, 1992: 78-80).

<sup>45</sup> La fórmula utilizada podía rezar como sigue: «Los dos futuros cónyuges, una vez casados, estarán obligados a residir, habitar y vivir en el lugar, casa y compañía de sus padres y futuros suegros (casa de la familia del marido), bajo la obediencia, respeto, administración, gobierno y jefatura de dichos padres, o del padre que estuviera vivo, formando una gran familia y ayudándose mutua y recíprocamente...» (Moreno Almarcegui y Torres Sánchez, 1993: 196).

control total de su patrimonio hasta el fin de sus días<sup>46</sup>. La decisión de cuál de los hijos heredaría la jefatura de la familia era tomada por ambos padres conjuntamente o, en su ausencia, por un consejo familiar<sup>47</sup>. La práctica de designar un heredero universal parece haber estado muy extendida en el extremo norte de Aragón, cerca de los Pirineos. En gran parte del resto de la región, con contadas excepciones, la herencia parece haber sido divisible. Es esta la razón por la que no hay indicio alguno de la presencia de familia troncal al sur de la provincia de Huesca<sup>48</sup>.

Como en Aragón, en *Navarra* había dos tipos diferentes de transmisión de la propiedad, aunque los soportes legales eran algo distintos. En las comarcas centrales y septentrionales de la región, el hijo normalmente recibía la mayor parte del patrimonio familiar, mientras que en el sur la herencia se dividía por igual entre todos los herederos<sup>49</sup>. En la Edad Media, el heredero de casa noble tenía casi total libertad para distribuir sus propiedades como le placiera, siempre que cada hijo recibiera una pequeña porción del patrimonio<sup>50</sup>,

<sup>46</sup> En Plasencia del Monte (Huesca), en la segunda mitad del siglo XVIII, se hicieron contratos nupciales aproximadamente en la mitad de todos los matrimonios; y éstos se preferían a los testamentos a la hora de designar el heredero universal en un 70-80 por ciento de todos los casos (Moreno Almarcegui y Torres Sánchez, 1993: 197-198).

<sup>47</sup> Existían dos variantes de este sistema, aunque no se practicaban mucho fuera de la zona más septentrional de Aragón en la región pirenaica (Alto Aragón), e incluso allí no eran muy frecuentes. En un caso el heredamiento podía hacerse *in solidum*, que significaba que podían nombrar a dos hermanos herederos universales siempre que ellos y sus cónyuges vivieran con la generación de los padres, formando así un hogar de familia unilineal-extensa (*joint family*). Esta donación implicaba que ambas parejas harían heredero universal de todo el patrimonio al primer hijo varón nacido a cualquiera de las dos familias. La segunda variante era que ambos cónyuges fueran herederos universales de las propiedades de sus respectivas familias. En un principio estaban obligados por la costumbre a vivir en el hogar paterno del marido, y después con los padres de la mujer. En estos casos podía surgir una especie de consorcio familiar administrado por los cuatro ascendientes.

<sup>48</sup> Aunque Carmelo Lisón Tolosana encontró algún indicio de hogares patriarcales en el pueblo de Belmonte de los Caballeros, provincia de Zaragoza, sólo se daban entre los muy ricos («porque la prosperidad económica es *conditio sine qua non* de este tipo de familia») (1966: 166-169). En su mayor parte, aquí la herencia se repartía equitativamente entre los hijos (1966: 162). Véase también Moreno Almarcegui (1992: 72-75).

<sup>49</sup> El trabajo clásico sobre herencia y contratos matrimoniales en Navarra es el de Yaben (1916). Sobre este tema, véase también Douglass (1971; 1975; 1988b), Caro Baroja (1958; 1972), y Mikelarena Peña (1992a; 1992b; 1992c; 1993; 1995: 307-376).

<sup>50</sup> La tradición navarra decía que esta compensación sería de cinco monedas y una robada de tierra.

mientras que para los labradores toda la propiedad tenía que ser distribuida por igual entre los herederos directos. En la práctica, no obstante, todos los sectores de la sociedad, al menos los que tenían acceso a la propiedad, utilizaban este privilegio. Desde un punto de vista estrictamente legal, pues, en gran parte de Navarra la sucesión era distinta a cualquier otra región de España porque sólo allí tenía el testador total libertad para legar. En el resto de España, todo el derecho de sucesión estipulaba una porción mayor o menor del patrimonio que tenía que legarse por fuerza a los herederos legítimos.

En la práctica, en el centro y el norte de Navarra la herencia pasaba a un solo heredero, aunque no siempre se aplicaba la primogenitura masculina (Douglass, 1971: 1106-1107). Como en el resto de los Pirineos, el único heredero era normalmente designado en su contrato matrimonial, y esto comportaba la obligación de co-residir con la generación de los padres. Los demás hermanos podían permanecer en la casa mientras estuvieran solteros y se sometieran a la autoridad del heredero y de sus padres. Al casarse, se entregaba una dote a estos hermanos, pero la cantidad era puramente discrecional<sup>51</sup>. Hace muchos años, Yaben observó que este tipo de indivisibilidad era principalmente utilizada por los labradores y aparceros más acomodados, pero mucho menos por las familias de comerciantes y funcionarios, «que son inestables en Navarra como en todas partes» (Yaben, 1916: 72-74).

En gran parte del *País Vasco*, y en especial en Vizcaya y algunas zonas septentrionales de la vecina Álava, toda la cuestión de la sucesión estaba dirigida a mantener la propiedad dentro de la familia. Cualquier pariente hasta cuarto grado se podía convertir en «troncal» respecto de la propiedad familiar, y a falta de descendientes o ascendientes directos, ellos eran quienes recibían este patrimonio. De este modo se aseguraba la permanencia de la tierra dentro de la familia. En circunstancias normales el padre o la madre podían designar heredero a uno de los hijos, independientemente de su sexo y posición en la familia, siempre que quedara algo de tierra para los restantes herederos directos<sup>52</sup>. La donación se hacía *inter vivos*, con frecuencia al contraer matrimonio, y en muchos sentidos era similar a la práctica utilizada en Aragón<sup>53</sup>. De manera análoga al centro y norte de Nava-

<sup>51</sup> Véase Douglass (1971: 1100-1114; 1975: 33-35), Mikelarena Peña (1995).

<sup>52</sup> La expresión exacta es «con algún tanto de tierra, poco o mucho».

<sup>53</sup> Para más datos sobre las prácticas de herencia vascas, véase Urrutikoetxea (1992), Douglass (1975: 43-46; 1988b), Caro Baroja (1958; 1976).

rra, el heredero elegido no era necesariamente el primogénito<sup>54</sup>. A diferencia de la situación del *hereu* en Cataluña, en algunas zonas del País Vasco una vez que el heredero se casaba y comenzaba la co-residencia entre ambas familias, aun debiendo a su padre respeto y obediencia filial, el heredero se convertía en la primera autoridad de la casa y administraba la heredad familiar como creyera más conveniente (Douglass, 1973: 111-112; 1975: 33-49, 163-164). En otras zonas, sin embargo, no se accedía a la jefatura hasta la muerte de la generación de los padres (Arbaiza, 1994; Urrutikoetxea, 1992: 242-247).

En la provincia de Guipúzcoa, donde prevalecía el sistema legal castellano, se advertía también un sistema de familia troncal. A diferencia de Vizcaya, el heredero elegido, hembra o varón, recibía una mejora prometida en el contrato matrimonial, la cual conllevaba la obligación de co-residencia con la generación de los padres, la recepción de una dote del cónyuge que se incorporaba a la familia, y la obligación de respetar la legítima de los demás herederos<sup>55</sup>. Pese a que existen abundantes datos del uso de la mejora en últimas voluntades y testamentos, el contrato matrimonial era donde se fijaba el acuerdo básico. Normalmente, el heredero elegido recibía sólo el usufructo de la propiedad, y contraía la obligación de co-residir «en una misma mesa y compañía» con sus padres y cónyuge en el caserío familiar<sup>56</sup>.

A juzgar por los estudios empíricos disponibles, esta familia troncal estaba muy extendida en las zonas rurales del centro y norte del País Vasco, aunque menos en la parte meridional de la región. Esta fundamental geografía norte-sur de los sistemas familiares, tan característica de Aragón, Navarra y, en menor grado, Cataluña, parece haber existido también en el País Vasco. Esencial para la sucesión era la importancia atribuida al caserío familiar (*baserria* en vascuence), que

no sólo era la unidad básica de producción rural, sino, en muchos sentidos, símbolo del País Vasco mismo. Gracias a las normas de sucesión de la mayor parte de la región, era frecuente que los caseríos permanecieran en la misma familia a lo largo de muchas generaciones.

### De las pautas de sucesión a los sistemas de familia

Es esencial conocer la geografía de la sucesión en España para entender el carácter de los sistemas familiares existentes en la península. No es, sin embargo, más que una parte del panorama. Las familias se desarrollaban en contextos definidos por el sistema legal vigente, y por toda una serie de realidades sociales, económicas, geográficas, demográficas y culturales. No eran, sin embargo, simples elementos pasivos insertos en un paisaje histórico relativamente estático: eran actores activos, que procuraban utilizar con máxima eficiencia sus condicionantes estructurales heredados. En ocasiones, dichas estructuras operaban directamente a favor de ciertas familias o ciertos grupos sociales, y otras veces las familias tenían que salir adelante en contextos negativos para garantizar el máximo bienestar posible para el grupo familiar en general. La toma de decisiones activa podía afectar a un solo hogar, o podía ser asunto de todo el grupo de parentesco; pero siempre estaba presente. Aunque es indudable que cada familia en particular «se las entendía con el sistema» como mejor podía, también es cierto que se observan algunos patrones de conducta que eran comunes a determinados grupos sociales, contextos geográficos y ecológicos o períodos históricos. En ocasiones, las decisiones afectaban a las dinámicas de reproducción social en su conjunto, mientras que en otras situaciones estas decisiones tenían la finalidad de facilitar ciertas transiciones decisivas para la familia y sus integrantes, especialmente las relacionadas con el matrimonio y la muerte.

Determinar la capacidad de las familias para enfrentarse a los retos de la vida informa una serie de capítulos de este libro. Aquí abordaré la cuestión desde una perspectiva de la reproducción social de las familias y de los sistemas familiares en general. Se trata de un intento de examinar el modo en que las prácticas consuetudinarias terminaron por modelar las estructuras legales y tradicionales, haciéndolas más flexibles de lo que de otro modo habrían sido. Ahora bien, no es tarea fácil hacerlo con acierto. Ante este desafío, muchos historiadores se limitan a hacer una serie de generalizaciones sobre la organización de la

<sup>54</sup> En su estudio sobre el pueblo vizcaíno de Murelaga, William Douglass (1975: 44-46) descubrió que la sucesión por primogenitura masculina preferente sólo se practicó en un 31,4 de las familias estudiadas por él, y en dos tercios de todos los casos se eligió a un heredero varón. En el pueblo navarro de Echalar, la primogenitura masculina era aún inferior (18 por ciento de todos los casos), y en un 58 por ciento de todos los casos se eligió a un varón. En ambos contextos, cuando no eran elegidos el varón o la mujer primogénitos, lo era por lo general uno de los hijos intermedios.

<sup>55</sup> En Irún durante la parte final del siglo XVIII, aproximadamente un tercio de los herederos que recibieron mejora eran mujeres (Urrutikoetxea 1992: 242).

<sup>56</sup> Véase Urrutikoetxea (1992: 235-252; 456-457; 1993: 252-253). Sólo en alrededor del 11 por ciento de los contratos nupciales estudiados se hizo la transmisión de propiedad sin condiciones.

familia, como las basadas, por ejemplo, en las diversas estructuras del hogar por grupo social. Este tipo de enfoque es en última instancia insuficiente e insatisfactorio porque no nos permite indagar en los verdaderos mecanismos de la toma de decisiones, en la forma en que realmente funcionaban las familias y los sistemas familiares. La única manera de dar cuerpo a esta cuestión adecuadamente es observando el sistema desde dentro, en términos de los medios utilizados por cada familia para configurar sus destinos en los contextos que habían «heredado». En España, sólo algunos antropólogos y un puñado de historiadores han realizado esta clase de trabajo.

Los párrafos siguientes constituyen un intento de reconstruir ciertos aspectos de la conducta familiar en diversos contextos peninsulares. No es en modo alguno una descripción completa de cómo funcionaban en efecto los sistemas familiares y la reproducción social; esto no será posible hasta que se hayan realizado más trabajos de investigación innovadores siguiendo líneas que son aún relativamente infrecuentes entre la mayoría de los historiadores de la familia. Mi intento va a ser más impresionista que minucioso, y se basará en algunos trabajos extremadamente interesantes de historiadores como Fernando Mikelarena y Llorenç Ferrer. Se extraerán algunos ejemplos de las zonas de familia troncal, y otros de zonas donde predominaba la sucesión divisible. La manera de abordar ambas áreas no será estrictamente comparable, sobre todo porque la investigación de base no se ha centrado exactamente en las mismas cuestiones. Sin embargo, los resultados serán reveladores de las formas en que las familias hacían frente a las tradiciones heredadas. Todos los ejemplos utilizados apuntan a la importancia que para el funcionamiento de los sistemas familiares tenía una toma de decisiones flexible e informada.

En zonas de sucesión indivisible, una de las preocupaciones constantes de la familia era qué hacer con los hijos no herederos. El carácter mismo del sistema de sucesión tendía a encerrar a estos hijos en patrones de movilidad social descendente, una situación que las familias procuraban evitar en la medida de lo posible. Los no herederos eran miembros del grupo familiar, y había que defender el rango social siempre que esto fuera factible. Al mismo tiempo, sin embargo, esta defensa de los miembros de la familia debía hacerse sin arriesgar la estabilidad del patrimonio familiar. En unos artículos recientes, basados primordialmente en una serie de genealogías familiares referentes a la Cataluña central en los siglos XVIII y XIX, Llorenç Ferrer ha

podido comprobar que los diversos grupos de la sociedad utilizaban de manera diferencial el sistema común de herencia, dependiendo de su acceso a los recursos económicos y de las estrategias que creían conveniente emplear<sup>57</sup>. Ferrer ha centrado la mayor parte de su análisis en las formas de conducta de tres grupos sociales: los campesinos acomodados, la pequeña nobleza y la burguesía mercantil, mostrándonos cómo cada uno de ellos buscó a su manera el anhelado equilibrio entre la seguridad de la línea de sucesión y el bienestar de los miembros del grupo familiar.

Los campesinos acomodados se apresuraron a aprovechar las ventajas de un sistema de herencia que contribuía a mantener intacta su propiedad y, fueron ellos más que ningún otro grupo social de Cataluña, los que glorificaron la heredad familiar, la *masía*, y el estilo de vida que conllevaba. La movilidad descendente de los no herederos era un subproducto indeseado de este sistema. Siempre que fuera posible, las hijas se casaban con otros *hereus*, aunque sus dotes solían ser menores que las que se incorporaban al hogar por vía del matrimonio del *hereu*. En otras palabras, las mujeres jóvenes estaban obligadas a casarse con herederos de familias menos acaudaladas, y por tanto tendían a descender en la escala social. Otras alternativas, como la de permanecer soltera en el hogar, entrar en un convento o casarse con no herederos de otras familias, no eran estrategias favorecidas por este grupo. Para los hijos la situación era algo más difícil. Con escasa propiedad que heredar, si es que la había, el celibato era la norma para ellos. Era improbable que pudieran casarse con herederas (*pubilles*) porque éstas preferían hacerlo con *hereus*. En ocasiones aprendían un oficio para complementar su herencia, pero en la mayoría de los casos abandonaban la casa familiar para emigrar a las ciudades grandes o se dedicaban al sacerdocio en puestos que gozaban de rentas fijas. Esta última opción era doblemente productiva para la familia porque no sólo le ahorraba la parte de la legítima debida a estos hijos, sino que además, al fallecer éstos, revertía en la familia el capital acumulado en virtud de las rentas eclesiásticas. A mediados del siglo XIX, las transformaciones económicas experimentadas por Cataluña habían modificado esta situación en gran parte. En lugar de dedicarse al sacerdocio, los varones no herederos, a menudo financiados por sus familias, empezaron a estudiar derecho, arquitectura u otras profesiones liberales. Al mismo tiempo, los herederos se mostraron cada vez

<sup>57</sup> Véase Ferrer i Alòs (1991, 1992, 1993, 1994, 1995 y en prensa).



más proclives a casarse con mujeres ricas de las familias industriales urbanas. Con el tiempo, los propios herederos empezaron a dejar sus fincas en manos de *masovers* (aparceros o pequeños terratenientes) y a trasladarse a las grandes ciudades. Este proceso se revelaría esencial para la historia de la modernización y el crecimiento económico de Cataluña.

La situación era algo diferente para la pequeña nobleza. Básicamente, estas familias vivían de las rentas, lo cual significaba que sus ingresos tendían a reducirse con el paso del tiempo. A diferencia de los campesinos acomodados, que preferían mantener el patrimonio familiar intacto, para la pequeña nobleza era legalmente imposible sacar al mercado una parte de su propiedad con el fin de generar ingresos. Por esta razón, era imperativo para ellos mantener las rentas de las que disfrutaban y los no herederos sufrían las consecuencias. Entre los varones era muy alto el celibato, y hasta dos o tres hombres de cada generación ingresaban en el clero. Puesto que las dotes eran escasas, también muchas hijas entraban en el convento, sin duda muchas más que entre las familias campesinas. De hecho, en muchos casos las dotes no se pagaban en metálico, sino en forma de pensiones anuales; una práctica que ocasionaba a la familia ganancias a corto plazo y penurias a largo plazo. Una posible solución era alentar los matrimonios entre hijas e hijos de familias ricas de la industria y el comercio en búsqueda de medios para promocionar su propia movilidad social. Los matrimonios de este tipo, sin embargo, también exigían dotes considerables y podían crear estrecheces para estas familias. Existían otras estrategias, pero ninguna era plenamente satisfactoria. En última instancia, esta nobleza estaba condenada a perder importancia en la sociedad rural catalana.

La burguesía mercantil se encontraba en una posición totalmente distinta, sobre todo porque sus ingresos no eran fijos ni estaban ligados a la tierra. Esto daba mucha mayor flexibilidad a las familias burguesas a la hora de delinear las mejores estrategias a seguir. Las hijas se casaban a menudo con jóvenes que se incorporaban a la empresa familiar, y en sus dotes figuraba muchas veces una parte de las futuras ganancias de la compañía. A diferencia de otros grupos sociales, las perspectivas de los varones no herederos de las familias burguesas no eran totalmente negativas. Mientras que en el mundo rural los no herederos tenían que marcharse o quedar rígidamente subordinados al heredero, en los hogares burgueses llegaban a ser con frecuencia agentes decisivos de la empresa familiar. Así pues, la

diferencia entre herederos y no herederos, tan básica para la sociedad rural catalana, fue disminuyendo gradualmente entre ellos. A menudo resultaba difícil definir su parte de la legítima de los no herederos, ante todo porque también contribuían a generar una porción más o menos significativa de la riqueza familiar mediante su participación en el negocio de la familia mientras permanecían en el hogar. En este contexto, era bastante fácil garantizar el bienestar de toda la familia, era infrecuente la movilidad social descendente de los no herederos y la emigración era mucho menos importante que en las zonas rurales.

En las comarcas centrales y septentrionales de la Navarra rural se advierten semejanzas y diferencias en el sistema de reproducción social con respecto a Cataluña. Aquí también había heredero universal, aunque la sucesión no siempre recaía en el hijo mayor. En contraste con la Cataluña central, la estructura de la tenencia de tierras de Navarra producía muchas fincas pequeñas, y por tanto los ingresos que podían generar las familias y la flexibilidad de que disponían eran menores que entre los grupos de la sociedad catalana analizados por Ferrer. En Navarra, la preocupación por la suerte de los no herederos era fundamental para las estrategias familiares. Basando su estudio en dos aldeas navarras (Larraun y Obanos), Fernando Mikelarena (1995: 349-375) ha detectado un sistema de circulación de dotes ideado para proteger los intereses tanto de la familia como del no heredero. Mikelarena ha comprobado que generalmente los hijos no herederos recibían una porción de la legítima mayor de lo exigido por la ley, especialmente si podían abandonar la casa familiar y casarse con la heredera de otra propiedad. Eran los padres los que decidían la cantidad a percibir por el no heredero, y ésta dependía de la posición social y económica de la familia, de la cantidad de dinero disponible o de la importancia de la riqueza que el hijo hubiera podido generar por propia iniciativa. En el caso de las mujeres no herederas, la contribución de la familia al aumento de sus dotes era probablemente mayor que en el caso de los hombres, porque las mujeres tenían menos posibilidades de generar ingresos adicionales por cuenta propia. Mikelarena ha determinado que no existía una auténtica circulación de dotes, en virtud de la cual las familias invirtieran en dotes aproximadamente lo mismo que recibían, y que la mejora de los hijos no herederos para que pudieran mantener su posición social se hacía muchas veces con pérdidas económicas netas para la familia en sí. En este sentido, las familias aceptaban el riesgo

a cambio de asegurar a sus hijos la misma posición social. Y no siempre lo conseguían<sup>58</sup>.

Cuando las familias se enfrentaban a situaciones caracterizadas por dificultades económicas, podían recurrir a otras opciones menos apetecidas por ellas. La degradación social de aquellos que no iban a heredar el patrimonio familiar, o el celibato en la casa paterna no siempre eran posibilidades evitables. Esto era especialmente cierto cuando la familia había contraído deudas en sus esfuerzos por casar a los hermanos o por alguna otra razón. En ambos casos, el hijo ocupaba una posición singularmente desfavorable en el mercado matrimonial, y que invariablemente conducía a un matrimonio de nivel inferior desde el punto de vista social o a permanecer solteros en la casa paterna. Los que en efecto se quedaban en el hogar eran doblemente productivos para la familia porque no sólo no utilizaban su dote, sino que también contribuían a la fuerza de trabajo familiar, al menos durante sus años económicamente activos. Sin embargo, independientemente de las preferencias de cada uno, la conveniencia de esta segunda estrategia dependía estrictamente del número de opciones económicas que la familia lograra generar para los hijos y adultos que permanecían en el hogar.

Los ejemplos aquí presentados, basados en estudios sobre Cataluña y Navarra, son esquemáticos por necesidad. No son más que un mero esbozo de lo que era sin duda una realidad muy compleja, y que no sólo variaba por grupo social, como ha demostrado Ferrer, sino también por nivel económico, por lugar de residencia y por el origen de sus ingresos, así como por la variedad de factores humanos y estructurales que caracterizaban sus hogares. Habría sido muy útil, por ejemplo, contar con mayor información sobre otros grupos sociales de estas regiones, como los aparceros y los *pagesos* catalanes, o las familias navarras para las que la emigración a Pamplona o San Sebastián, junto con la movilidad social que pudieran aportar con ello, era una opción factible. Con todo, siempre es evidente el dilema que planteaban los hijos que no iban a heredar y la lucha de sus familias para evitarles una movilidad social descendente tan incrustada en el sistema de sucesión predominante.

Ahora bien, en todos los casos citados, las opciones abiertas a las

<sup>58</sup> Yaben (1916: 119) afirmó que había observado algunas familias campesinas que se habían arruinado por el hecho de que «habían tenido demasiados hijos y habían otorgado dotes demasiado generosas».

familias se veían seriamente condicionadas por sus propias realidades económicas y demográficas. Por ejemplo, la manipulación de las oportunidades matrimoniales de herederos y no herederos era una clara posibilidad para todas las familias. Como ha señalado Ferrer, la edad de contraer nupcias, por ejemplo, era muy elevada en los herederos de las familias de campesinos acaudalados de Cataluña, alargando así el tiempo entre un relevo generacional y el siguiente, y permitiendo que las familias generaran suficientes ingresos para compensar a los no herederos. Entre estos últimos, por otro lado, el celibato era a menudo muy alto. De hecho, las regiones peninsulares de familia troncal estaban a menudo caracterizadas por oportunidades de matrimonio bastante restringidas. Más importante es, sin embargo, que estos sistemas familiares estuvieran invariablemente basados en tasas de crecimiento demográfico reducidas, por densidades de población que permitían a las familias generar los ingresos necesarios para que se cumplieran sus expectativas sociales, y por una economía en crecimiento. Si fallaba alguno de estos apuntalamientos, cabía la posibilidad de que todo el sistema se viniera abajo. En muchos sentidos, tanto las estructuras legales como las tradicionales, así como las estrategias elaboradas por las familias estaban sometidas a fuerzas que a menudo escapaban del control de aquellas familias que luchaban por sobrevivir e incluso prosperar. Sería muy interesante poder observar las estrategias de sucesión de familias concretas según sus condicionantes demográficos particulares, como el número y la distribución por edad y género de los hijos que sobrepasaban la primera infancia. Estas son variables que a menudo escapaban al control de la familia, pero que debieron ser condicionantes esenciales de las opciones a su alcance. Queda por hacer mucha investigación en torno a esta cuestión en toda España, especialmente en las regiones de familia troncal.

En las zonas de sucesión divisible, que era el caso de la mayor parte de la península, no se planteaba el problema de los herederos, ante todo porque todos tenían acceso a una parte de la herencia, si la hubiera. En estos contextos, al menos desde la perspectiva de la familia en su conjunto, no existían hogares de primera y segunda categoría, y los comportamientos eran sustancialmente distintos a los que acabamos de describir. Pero incluso en estas regiones, las familias ideaban estrategias para garantizar el bienestar de sus miembros. Aunque las formas de poner en práctica las diversas estrategias eran muy distintas en los diversos sistemas familiares, en todas partes era

característico el deseo de proteger y promocionar a los integrantes de la familia.

En Castilla la herencia era fundamentalmente divisible, raramente se recurría a hacer testamento y cuando un hijo recibía una mejora era normalmente a cambio de algún acto de servicio especial para sus padres, como su cuidado durante períodos de enfermedad o en la vejez. En algunas zonas de León, por ejemplo, la divisibilidad de la herencia se tomaba tan en serio que todos los hijos recibían una parte de cada tipo de propiedad de sus padres (Behar, 1986). Subyacía a este tipo de conducta la convicción de que todos los hijos tenían igual derecho al producto de la propiedad de los padres y a la propiedad en sí. Todo el mundo participaba por igual en las venturas y desventuras de la familia. Por implicación, se esperaba que los hijos establecieran su residencia cerca del hogar paterno siempre que fuera posible, que les ayudaran en el trabajo de la tierra y les atendieran en la vejez, y que funcionaran básicamente como una unidad familiar extensa. En estas regiones, el significado de la familia trascendía el del hogar mucho más claramente que en las zonas donde un solo heredero y un solo patrimonio encarnaban a la familia y sus aspiraciones más que cualquier otro miembro del grupo familiar.

Más allá de las cuestiones de herencia y sucesión, probablemente la mejor manera de considerar los sistemas familiares castellanos sea en términos de los mecanismos de solidaridad, actividad económica e incluso autoridad paterna que generaban, mecanismos que invariablemente afectaban a distintos hogares vinculándolos entre sí de manera efectiva. Estos vínculos se hacían claramente patentes en el matrimonio y después en la tercera edad. Los padres hacían lo posible para que cada hijo tuviera su propio hogar al casarse, y no era infrecuente que se subdividiera la casa paterna o se constituyera algún otro tipo de residencia temporal, aunque fuera pobre<sup>59</sup>. En muchas ocasiones los recién casados compartían la mesa con sus padres, igual que éstos la compartían con sus hijos al envejecer. Este hecho queda de relieve en las formas de comportamiento vigentes en la ciudad de Cuenca durante los años centrales del siglo XIX<sup>60</sup>. Como en todas las

<sup>59</sup> Los padrones están llenos de hogares que claramente pertenecen a hermanos, o a un padre y sus hijos, y que se ubican unos al lado de otros, a menudo en la misma dirección de la misma calle.

<sup>60</sup> Estos datos se basan en padrones anuales entre 1843 y 1847 y en genealogías familiares acoplados entre sí, y nos ofrecen un breve vistazo de las formas de funciona-

zonas de herencia divisible, el matrimonio originaba la formación de un hogar y el disponer de vivienda podía convertirse en un importante condicionante de las posibilidades de contraer matrimonio de la pareja. No obstante lo cual, un examen más detallado de los datos de Cuenca indica que el matrimonio sólo originaba la formación de un hogar de manera inmediata aproximadamente en la mitad de los casos, mientras que las restantes parejas pasaban entre un mes y tres años viviendo en una de las dos casas paternas (Reher, 1990a: 213-215). Esta cohabitación no tenía nada que ver con la transmisión de la propiedad, y parece haber formado parte de estrategias familiares en virtud de las cuales los vínculos entre padres e hijos no concluían con el matrimonio.

Una vez que los recién casados podían establecer su propio hogar, seguía operando una clara tendencia a residir en la vecindad inmediata de al menos una de las casas paternas (74 por ciento de todas las parejas) (Reher, 1990a: 217-219). No está claro si esto se debía a su propia elección o al hecho de que la vivienda se tendía a buscar en el barrio de residencia, pero la proximidad espacial facilitaba invariablemente un contacto constante entre los hogares. Además, dicha proximidad no afectaba a las parejas sólo a raíz del matrimonio, sino que parece haber caracterizado a muchos grupos familiares a lo largo de períodos de tiempo prolongados. Un ejemplo al caso son tres ramas de una misma familia emigrada a Cuenca desde un pueblo cercano en los últimos años del siglo XVIII (Reher, 1990a: 222-226). Las tres ramas establecieron sus hogares en la parte alta de la ciudad en la parroquia de San Pedro y se dedicaron a actividades agrícolas (labradores) o se convirtieron en jornaleros no especializados<sup>61</sup>. Ya en la ciudad, y a lo largo de tres generaciones, esta familia terminó reproduciéndose en una barriada muy definida de la parte alta de la ciudad<sup>62</sup>. Contribuyeron a esta situación la transmisión de la propiedad, el mercado

miento de las familias y de cómo implementaban sus estrategias. Buena parte del material utilizado proviene de Reher (1990a: 207-243, 305-307). Durante este período, la ciudad de Cuenca tenía una población de entre 6.000 y 7.000 habitantes.

<sup>61</sup> Durante la primera mitad del siglo XIX, la ciudad de Cuenca tenía 14 parroquias.

<sup>62</sup> Todos los descendientes de la segunda generación que quedaban en la ciudad habían nacido en la parroquia original de San Pedro. Algo más del 10 por ciento de los miembros de la siguiente generación nació en las parroquias colindantes, casi el 85 por ciento en la de San Pedro, y ninguno en otras partes de la ciudad. Incluso en la cuarta generación, algo más de la mitad de los descendientes nació en la parroquia de San Pedro.

de trabajo, y las pautas nupciales de los hijos que se casaron con personas del mismo barrio. Por debajo de estas consideraciones sociales y económicas, sin embargo, parecen haber existido otras razones de índole familiar aún de mayor importancia que pudieron haber influido en su comportamiento.

El desarrollo espacial que cabe observar de esta genealogía probablemente deba su forma específica a la existencia de una familia en que las diversas ramas crearon sistemas de asistencia mutua. Esto produjo una acusada tendencia a la circulación de sus miembros entre los distintos hogares. Ejemplos de dicha circulación podrían ser una mujer cuyo marido estuviera ausente y viviera un año en el hogar de algún hermano, nietos que pasaran temporadas con uno de sus abuelos, padres viudos trasladándose de un hogar a otro de sus hijos, o sobrinas y sobrinos residentes en otro hogar familiar mientras sus padres estaban fuera. A la larga, esta función de solidaridad familiar probablemente fue tan importante para la conducta humana como otros factores sociales y económicos. Este es un buen testimonio de cómo las familias establecían redes con dimensiones espaciales específicas.

Un subproducto de esto era que esos hogares fuertemente nucleares tan predominantes en la ciudad abundaban en movimiento y no eran en modo alguno estables. En Cuenca se elaboró un índice de cambio familiar para evaluar la «permeabilidad» de los hogares (Reher, 1990a: 229). El resultado mostró que aunque los hogares tenían un núcleo estable (el cabeza y su esposa), estaban rodeados de miembros de la familia cada vez más móviles. En este contexto, entre el 11 y el 12 por ciento de todos los hijos presentes en el hogar entraba o salía del mismo anualmente, y entre el 50 y el 60 por ciento de los parientes co-residentes hacían lo propio<sup>63</sup>. Esto llevaba implícito que las estructuras del hogar fueran también proclives a cambiar frecuentemente: un hogar conquense típico modificaba su estructura básica 4,1 veces a lo largo de su existencia hipotética de 40 años y es razonable suponer que tuviera estructuras «complejas» entre seis y siete años<sup>64</sup>. Este carácter transitorio de la estructura del hogar refleja adecuadamente la experiencia vital de los hijos nacidos en familias conquenses, o de las parejas jóvenes que iniciaban las suyas propias.

<sup>63</sup> Esta cifra no incluye el movimiento producto de nacimientos y defunciones.

<sup>64</sup> Cuando se habla de cambio estructural básico se habla de cambios entre hogares unipersonales, nucleares, extensos, o múltiples, y no de cambios dentro de cada una de estas categorías. Véase, al respecto, Reher (1990a: 234-239).

Cabría sostener que la evidencia presentada sobre la existencia de redes familiares operativas en una ciudad castellana del siglo XIX es puramente circunstancial, y que los niveles observados de proximidad espacial y circulación de parientes no constituyen prueba suficiente de vínculos familiares. Aunque en términos estrictos esta objeción está justificada, lo que aquí se ha expuesto es lo que más se aproxima a una observación directa de los sistemas familiares en acción, en contextos donde no hay posibilidad de hacer entrevistas. Son datos convincentes, si bien circunstanciales, de que la realidad de los sistemas familiares de Cuenca, y probablemente dondequiera que la herencia divisible fuera la norma, sólo es aprehensible si vamos más allá de los hogares individuales y atendemos al grupo de parentesco en su conjunto.

Aunque estas formas de conducta pueden también haber estado presentes en cierta medida en las zonas de familia troncal, estoy convencido de que su importancia era mucho menos apreciable que allí donde la herencia se dividía por igual entre todos los hijos. En los sistemas de familia troncal, el significado de la familia estaba muy ligado a la propiedad y la herencia, al heredero, y al linaje familiar. En la mayoría de los casos, los no herederos no tenían otra opción que abandonar el hogar familiar, estableciendo a menudo su residencia a gran distancia del mismo. Donde predominaba la sucesión divisible, por otra parte, los sistemas familiares no se basaban en la propiedad y guardaban escasa relación con un hogar determinado. En estos sistemas, los fundamentos de la familia eran en gran parte ajenos a la necesidad de perpetuar la economía familiar, no tenían nada que ver con el patrimonio familiar, abarcaban un gran número de hogares, y se entendían en términos de solidaridad más que de ninguna otra cosa.

Los condicionantes demográficos y económicos indicían en la evolución de la familia en las zonas de sucesión divisible igual que allí donde imperaba la familia troncal, pero los modos de operar frente a estos condicionantes eran muy diferentes. En las regiones donde los sistemas familiares se basaban en la división igualitaria de la herencia, la edad e intensidad del matrimonio podía variar, pero raramente como consecuencia directa de estrategias familiares; los jóvenes podían emigrar, pero nunca debido a los dictados inscritos en la estructura del propio sistema; y muchachos y muchachas podían entrar en el clero, pero no tan claramente por efecto de estrategias familiares como en las zonas de familia troncal de la penín-

sula<sup>65</sup>. La capacidad de ambos sistemas para satisfacer las necesidades de la población es en gran medida una cuestión abierta al debate; un debate que debe estar informado por nuevos trabajos empíricos en ambas zonas. Sea como fuere, lo que está claro es que la manera de satisfacer estas necesidades era muy distinta en ambos contextos.

### Orígenes e implicaciones de los sistemas familiares

Así pues, en España han existido durante muchos siglos dos sistemas familiares fundamentalmente distintos. Uno de ellos, vigente en el norte de la península, se basaba en el hecho de que se elegía a un heredero entre los hermanos para acceder a la mayor parte del patrimonio familiar, vivir con los padres y cuidar de ellos. El otro estaba arraigado en una realidad en que la herencia era divisible, y la co-residencia con los parientes pocas veces o nunca guardaba relación con la sucesión a la jefatura del patrimonio familiar. Esta división norte-sur de la península probablemente date al menos de la Edad Media, aunque los comienzos de la Edad Moderna fueron de consolidación, especialmente de la familia troncal (Berthe, 1984; Terradas, 1980; Barrera González, 1990: 85).

Existe poco acuerdo acerca de las razones históricas que han determinado que la familia troncal se implantara en algunas zonas y no en otras<sup>66</sup>. Algunos lo relacionan con la presencia del poder de los señores feudales frente a la monarquía central, otros lo han considerado ecológicamente restringido a las regiones montañosas caracterizadas por poblamiento disperso, economías pastoriles o mixtas, parcelas pequeñas y amplio acceso a la tierra; hay también quienes han observado que esta clase de familia era típica de comunidades en las que era esencial la organización colectiva<sup>67</sup>. Ninguna de estas explicacio-

<sup>65</sup> En 1887, el peso de clero en las regiones peninsulares de familia troncal, en especial en el País Vasco y Navarra, y en menor medida a lo largo de los Pirineos y en Cataluña, era mucho mayor que en aquellas regiones de familia nuclear. Aun así, aquí es importante tener en cuenta que no está claro hasta qué punto los curas y las monjas que figuraban en las hojas censales provenían originalmente de las regiones donde residían en 1887. Véase Reher, *et al.* (1993).

<sup>66</sup> Aquí seguimos de cerca las ideas de Mikelarena Peña (1992b: 34-43) y Douglass (1988a: 1-4).

<sup>67</sup> Véase, por ejemplo, Goldschmidt y Kunkel (1971), Berkner y Mendels (1978),

nes resulta muy útil en España porque las realidades históricas y ecológicas a menudo no se adaptan muy bien a estas expectativas<sup>68</sup>. No significa esto que las regiones de familia troncal no tuvieran importantes aspectos en común: los tenían; pero ninguno de ellos parece explicar por sí solo la geografía de las formas familiares<sup>69</sup>.

Existen también indicios de que los sistemas de familia troncal por su parte no eran en modo alguno uniformes en España. En muchos sentidos no parece muy conveniente considerar la familia troncal de los Pirineos y el País Vasco conjuntamente con los sistemas familiares existentes en la zona este de Santander, Asturias, Galicia o incluso Valencia. En una región se utilizaba un sistema legal que facilitaba la selección de un heredero universal, mientras que en la otra las normas legales fomentaban esencialmente la divisibilidad. Donde imperaba la tradición legal visigoda, la indivisibilidad nunca era total y se accedía a ella por vía de la mejora; pero en las áreas de tradición romana no ocurría así. Aunque pueden observarse niveles apreciables de co-residencia en ambos contextos, ni las raíces legales ni la fuerza y perdurabilidad de la familia troncal en el área de los Pirineos, desde el País Vasco a Cataluña, eran comparables a los de la familia troncal en Galicia o Asturias.

En las zonas donde en efecto existía la familia troncal, e incluso pudiera haber sido la forma predominante de organización familiar, hay abundantes indicios de que era frecuente que sectores apreciables de la población siguieran utilizando la herencia divisible y vivieran en familias nucleares. Anteriormente se vio que la formas de residencia familiar a menudo variaban fuertemente por comarca o por grupo social. Esta heterogeneidad estaba presente en toda España, pero era especialmente visible en la parte septentrional del país caracterizada por la familia troncal. Los datos empíricos referentes a los diversos sistemas familiares son todavía limitados, pero los niveles relativamente

Burguière (1986), Comas d'Argemir (1991), Barrera González (1993), Douglass (1988a).

<sup>68</sup> Por ejemplo, aunque la importancia del dominio feudal pudo haber sido importante en Cataluña y Aragón, sin duda no lo fue en la mayor parte de las restantes regiones del norte; y las formas de asentamiento no eran dispersas en muchas zonas de familia troncal de Cataluña y Navarra. Existe una considerable unidad ecológica en el norte, donde abundan los valles de montaña, las fincas son pequeñas y altos los niveles de acceso a la propiedad, pero en otras zonas de la península Ibérica con similares características ecológicas no hay indicios de presencia alguna de la familia troncal.

<sup>69</sup> Uno de los más evidentes es el hecho de que las zonas donde prosperó la familia troncal eran precisamente aquellas donde menos se dejó sentir el dominio musulmán.

bajos de complejidad del hogar y el reducido tamaño medio de los hogares observado en la mayor parte de la España del norte sugieren que, incluso en áreas en que era incuestionable la existencia de la familia troncal, es muy posible que considerables sectores de la población no participaran nunca en este tipo de organización familiar.

Incluso si la herencia indivisible hubiera sido practicada por todas y cada una de las familias, una proporción considerable de éstas habría terminado viviendo en hogares de estructura nuclear en algún momento. El heredero elegido y su familia residían en hogares nucleares durante los años posteriores a la muerte de ambos padres, y antes de que su propio heredero se hubiera casado<sup>70</sup>. Cualquier otro matrimonio entre no herederos que viviera en la localidad se veía también obligado a pasar la mayor parte de su vida en un hogar nuclear, a menos que consiguiera reunir un patrimonio e iniciara una familia troncal propia. En estas condiciones, es muy improbable que todos o incluso la mayoría de los hogares mostrara formas de residencia de familia troncal. Esto sólo habría ocurrido en un sistema familiar caracterizado por familias extremadamente grandes, el tipo de familias patriarcales existente en Rusia o en la península de los Balcanes. Pero éstas no existieron nunca en España.

Hace algunos años, un grupo de investigadores se propuso simular las estructuras del hogar que habrían surgido de haber estado vigentes de manera uniforme las normas de sucesión de la familia troncal en una comunidad dada<sup>71</sup>. Al elaborar su trabajo, estimaron una serie de estructuras de hogar previsible bajo tres normas de formación del hogar troncales, bajo regímenes demográficos diversos<sup>72</sup>. Un ejercicio

<sup>70</sup> Esto significa que, al descender la mortalidad adulta en el transcurso de la transición demográfica, en las familias troncales necesariamente aumentaron los años pasados en co-residencia con la generación de los padres, así como el peso general de hogares complejos en la sociedad.

<sup>71</sup> Véase Wachter, Hammel y Laslett (1978). El *software* utilizado para la simulación se llama SOCSIM y fue diseñado en la Universidad de California, Berkeley.

<sup>72</sup> Simplificando considerablemente, los investigadores calcularon para los casos de primogenitura y ultimogenitura (donde el hijo vivo nacido en primer lugar o en último lugar se casaba y traía una esposa al hogar familiar). Estos dos casos suministran, por así decirlo, un límite superior e inferior de las proporciones de la familia troncal. Puesto que la simulación se basa en los matrimonios, los autores las denominaron normas «primonupciales» y «ultimonupciales». Teniendo en cuenta que la realidad histórica pudo encontrarse en algún punto intermedio entre estos dos conjuntos de normas, idearon también las normas de co-residencia «primoreales» en que se introdujeron una serie de normas de preferencia basadas en la edad y sexo de los miembros del hogar y del resto de la comunidad. Véase Wachter *et al.* (1978: 29-42).

como este produce resultados puramente teóricos, pero si son correctos los postulados de los autores sobre la formación del hogar y la incidencia de la migración, nos ofrecen una estimación fiable del porcentaje de casas que tendrían pautas de co-residencia troncales siempre que se cumpliera universalmente esa norma de sucesión<sup>73</sup>. Los resultados en sí indican que bajo las normas primonupciales de formación del hogar, entre un 38 y un 49 por ciento de todos los hogares tendrían un tipo de organización de familia troncal, un 29-44 por ciento con normas primoreales y sólo en torno al 15 por ciento con normas ultimonupciales. Si utilizamos hogares complejos, en lugar de hogares de familia troncal específicamente, la proporciones serían 46-54 con primonupciales, 36-48 con primoreales y 18 con ultimonupciales. Dado que esta última norma raramente se observaba en España, cabe suponer que entre un 29 y un 49 por ciento de todas los hogares tuvieran estructuras de familia troncal, y entre un 36 y un 54 por ciento estructuras complejas, teniendo estructuras nucleares entre el 37 y el 55 por ciento de todos los hogares<sup>74</sup>. En otras palabras, tendría que haber aproximadamente el mismo porcentaje de estructuras del hogar complejas y nucleares en las zonas donde se aplicaban universalmente las normas de sucesión de familia troncal.

Revisando los datos empíricos presentados en el capítulo anterior, se deduce claramente que en ningún lugar de España era la proporción de familias troncales en modo alguno tan elevada ni la de familias nucleares tan baja como se desprende de los resultados de la simulación. Los porcentajes de formas complejas de co-residencia variaban entre el 15 y el 25 por ciento en Galicia, entre el 25 y el 35 por ciento en zonas rurales del País Vasco, casi el 30 por ciento en Navarra y entre el 25 y el 40 por ciento en los casos estudiados de pueblos de la Cataluña rural. Unos niveles comparables a los de los resultados de la simulación sólo se hallaron entre los campesinos acomodados de Vila-Rodona, Cataluña, entre los labradores de la Nava-

<sup>73</sup> En términos generales, los hogares con más de dos unidades conyugales con parentesco ascendente-descendente, o los de un núcleo con un pariente lineal que no era miembro de ningún núcleo y tenía parentesco ascendente o descendente, se consideran indicativos de la presencia de familia troncal. En el primer sistema clasificatorio de Laslett, estos hogares corresponderían a los tipos 4a, 4b, 4d, 5a, 5b y quizá 5d y 5d (Laslett, 1972: 31). Este indicador tiende a exagerar la importancia de la familia troncal porque en una serie de casos la presencia de parientes co-residentes pudo no haber tenido nada que ver con sucesión y propiedad.

<sup>74</sup> Para un resumen completo de estos resultados, véase Wachter, *et al.* (1978: 43-64).

rra central, y en las zonas septentrionales de la provincia de Navarra. Por lo demás, los resultados indican que más de la mitad de las familias de Galicia, un tercio de las del País Vasco y Navarra, y alrededor de un cuarto de las de Cataluña no practicaban tipos de sucesión de familia troncal. No significa esto que esta clase de sistema familiar no existiera en estas regiones, o que la sucesión indivisible no fuera ampliamente practicada; sugiere más bien que incluso en las zonas rurales del norte, la sociedad era heterogénea y coexistían diferentes sistemas familiares dentro de determinadas regiones, clases sociales e incluso pueblos.

En todas partes, la necesidad de garantizar el bienestar de los ancianos era la piedra angular de los sistemas de familia troncal. En este sentido, éstos constituían una especie de contrato de jubilación por el cual la generación de los padres legaba una parte preferencial de la herencia a un solo heredero a cambio de que éste permaneciera en la casa familiar y se ocupara de sus padres mayores. La existencia de esta finalidad es incuestionable y, al menos en teoría, los ancianos estarían mejor atendidos en zonas con formas de familia troncal y estructuras complejas del hogar que en las demás. En la práctica, no obstante, esto plantea una serie de interrogantes. Para empezar, no tenemos prueba alguna de que los ancianos disfrutaran de condiciones de vida más favorables en las zonas de familia troncal que en las demás, o entre familias que no practicaban la herencia indivisible aun allí donde era una práctica común. En las áreas de familia troncal no es infrecuente encontrar conflictos de familia en que la generación mayor se quejaba de que, una vez que el heredero había tomado posesión de la herencia, recibían un trato deleznable<sup>75</sup>. El cuidado de los ancianos no era simplemente una función de contratos de jubilación y co-residencia, sino que transcendía el ámbito del hogar siendo cuestión de gran importancia para la totalidad del grupo de parentesco. Ello era sobre todo cierto en aquellas zonas del país donde prevalecían sistemas familiares nucleares.

Los sistemas de familia troncal se fundamentaban también en la necesidad de garantizar la continuidad del patrimonio familiar, e impedir una excesiva fragmentación de la tierra. En este punto parece haber variado mucho el éxito de estos sistemas. En Cataluña, por

<sup>75</sup> En otros países europeos, existe abundante documentación que apunta a la existencia de frecuentes conflictos entre padres e hijos en torno a los acuerdos económicos que regulaban la jubilación y la vejez. Véase, por ejemplo, Gaunt, 1983: 262-268.

ejemplo, la defensa de la *casa pairal* y la *masía*, el patrimonio familiar y el apellido de la familia era esencial para todo el sistema de sucesión, quizá incluso más que la protección de los ancianos. En Galicia, por otra parte, la familia troncal parece haberse centrado en la necesidad primordial de proteger a los mayores. Esta diferencia podría ser consecuencia de que en Galicia preponderaba el derecho castellano, los contratos matrimoniales eran menos importantes que en Cataluña, y la cantidad de patrimonio que podía legarse al heredero elegido era considerablemente inferior que en Cataluña, Aragón y gran parte del País Vasco. En términos generales, los sistemas de familia troncal vigentes en las zonas de tradición legal castellana parecen haber sido siempre más débiles que en las zonas con predominio del derecho romano, y menos eficaces a la hora de preservar la unidad del patrimonio familiar. El carácter excepcional de los sistemas familiares de Guipúzcoa podría deberse al hecho de que la tradición legal castellana existía en el seno de un contexto cultural vasco omnipresente tanto en Guipúzcoa como en las vecinas Navarra, Vizcaya y Francia, que otorgaba un valor muy alto a la unidad y estabilidad del caserío familiar<sup>76</sup>. Contrariamente a Cataluña, y en menor medida al País Vasco y la región norte de Navarra, donde siempre parece haber existido un cierto grado de estabilidad, en Asturias y Galicia la fragmentación de la propiedad se convirtió en una característica decisiva y continua en la historia de los siglos XIX y XX. Cuando el régimen de Francisco Franco emprendió la decisiva tarea de intentar reagrupar las propiedades dispersas de toda España en fincas económicamente viables (la concentración parcelaria), donde más difícil resultó esta labor fue en Asturias y Galicia. De hecho, en estas regiones la fragmentación era aún más importante que en ningún lugar de Castilla, donde la herencia divisible había prevalecido siempre entre toda la población.

Es un error fundamental considerar la progresiva fragmentación de la tierra como una característica exclusiva de un tipo de sistema familiar y no de otros. La fragmentación se producía cuando el crecimiento de la población rural no estaba compensado por la emigración, por la creación de empleo en el sector no agrícola de la economía rural y por la proporción de personas que se quedaban solteras. Esta índole de presión demográfica era sólo moderada en gran

<sup>76</sup> Para la importancia de los contextos culturales vascos para los sistemas familiares, véase Mikelarena Peña (1992a).

parte de España, al menos antes del siglo XX, pero no en Galicia y Asturias. La presión demográfica sobre los recursos rurales de Cataluña, por ejemplo, estaba neutralizada por el crecimiento de la industria rural y por la posibilidad factible de emigrar a la ciudad de Barcelona y otros centros industriales. En Asturias y Galicia, por el contrario, el crecimiento demográfico era muy intenso, el aumento de la industria rural no pudo mantenerse al mismo ritmo y las áreas urbanas locales no resultaron suficientemente atractivas para absorber a la población rural excedente. En Castilla, la elevada mortalidad mantuvo las tasas de crecimiento demográfico generalmente por debajo de las de la parte noroeste del país, y por tanto el problema no fue nunca agudo.

En este contexto, los sistemas de herencia familiar no fueron nunca más que una defensa parcial contra la fragmentación de la tierra. En Cataluña, donde la familia troncal estaba mucho más arraigada que en Galicia, el resultado fue un proceso más o menos controlado de crecimiento dentro de una economía rural y urbana bastante dinámica. En Galicia y Asturias, sin embargo, el sistema familiar se reveló prácticamente inútil, y el resultado fue un proceso de extrema fragmentación, una elevada emigración y una nupcialidad restringida. De haber estado Cataluña sometida a una presión demográfica igualmente intensa con una economía estancada, aunque es posible que la familia troncal hubiera ralentizado el proceso de fragmentación, es extremadamente improbable que éste pudiera haberse evitado del todo.

Los diversos sistemas familiares tenían implicaciones muy concretas para la forma que adoptara la tenencia de la tierra entre una generación y la siguiente. Allí donde predominaba la familia troncal, se observaba cierta continuidad a lo largo del tiempo, dado que el grueso de los bienes raíces de la persona era legado a un solo heredero. Así pues, no era infrecuente que un campo o una finca hubiera pertenecido a una sola familia durante muchas generaciones. Allí donde prevalecía la herencia divisible, sin embargo, la situación era mucho más compleja. Puesto que las jóvenes parejas casadas heredaban bienes de cuatro personas diferentes (los padres del marido y de la mujer), cada generación creaba su propia finca familiar, que sólo se mantenía durante la vida de esta pareja. En la siguiente generación, la tierra volvía a ser dividida entre cada uno de los herederos que, a su vez, la unían a la propiedad de sus cónyuges para formar nuevas herencias. Aunque este proceso de desmembramiento y reconstrucción

patrimonial se producía en todas las generaciones y hacía que la propiedad fuera inherentemente inestable, para la sociedad en su conjunto no necesariamente producía inestabilidad ni excesiva fragmentación. Siempre que la presión demográfica no fuera muy fuerte, la gente solía encontrar medios para mantener a su familia adecuadamente de generación en generación. En gran parte de España, la inestabilidad de la propiedad familiar acabó por ser parte esencial de la estabilidad del sistema social y económico.

Suele afirmarse que uno de los subproductos de la mayoría de los sistemas de familia troncal era la discriminación selectiva de los no herederos, que eran o bien condenados al celibato o a la emigración. El matrimonio del heredero era de interés primordial para la familia, porque era él quien podía garantizar la continuidad familiar<sup>77</sup>. Para los demás hermanos, el matrimonio no era un asunto tan sencillo. Cada uno de ellos tenía que recibir una dote, e incluso su valor en el mercado matrimonial era limitado. La excepción podía ser una hija casada con el heredero de una familia vecina. Ahora bien, si había más de dos hijos vivos, los demás sufrían lo que se ha denominado discriminación estructural (Bourdieu, 1962). Esto producía un mayor grado de celibato y en última instancia una importante corriente de emigración. Como dice una expresión popular catalana, *el primer fill hereu, el segon capellà i el tercer advocat*. Así pues, cabría esperar que en las áreas de familia troncal se registrara un mayor grado de celibato. Los datos de los censos españoles, aunque no son uniformes en este punto, ofrecen cierta corroboración de esta hipótesis<sup>78</sup>. La nupcialidad, sin embargo, tenía muchos determinantes, y los sistemas familiares no eran más que uno de ellos<sup>79</sup>. La emigración tendía también a ser generalmente elevada en las zonas rurales de gran parte del norte del país. Migración y nupcialidad eran mecanismos compensa-

<sup>77</sup> En Cataluña, la unión más típica era entre un heredero y un no heredero con dote; eran infrecuentes los matrimonios entre herederos de dos familias (un *hereu* y una *pubilla*) (Barrera González, 1990: 199-202; 1993: 153-154). También eran frecuentes en Cataluña los matrimonios acordados entre dos familias, una especie de intercambio de hermanos (Barrera González, 1990: 172-188; Ferrer i Alòs 1987: 605-616).

<sup>78</sup> Mientras que, por ejemplo, en Galicia, Asturias y partes del País Vasco el celibato de ambos sexos era relativamente alto, y en ocasiones extremadamente alto, en Cataluña era sólo moderado. Lo mismo era en gran parte aplicable a la edad al contraer matrimonio. Pese a ello, la nupcialidad era generalmente más restringida en estas regiones que en la mayor parte del resto del país.

<sup>79</sup> Para más detalles sobre este tema, véase el Capítulo 6 de este libro.

torios característicos de todas las poblaciones que se encontraban en una situación en que el crecimiento demográfico superaba la capacidad de aumento de las economías rurales. La diferencia radicaba en que en los sistemas de familia troncal aquellos eran, al menos parcialmente, un subproducto estructural de la sucesión, mientras que en las zonas de familia nuclear eran en mayor medida resultado de opciones y oportunidades individuales.

El conflicto es parte integral de todas las familias, y la familia española no era una excepción. Tanto en los sistemas de familia troncal como de familia nuclear el conflicto era omnipresente, aunque la forma que adoptaba no era por fuerza igual en ambos. En las zonas de familia nuclear, donde la norma era la herencia divisible, las disensiones familiares surgían muchas veces cuando se partía en lotes el patrimonio familiar<sup>80</sup>. No era raro el caso de algún hermano que creyera que otro había recibido, por ejemplo, una parcela más productiva, o más cercana al pueblo, o por algún motivo de más valor que la suya<sup>81</sup>. Es interesante observar, no obstante, que estas disputas pocas veces se traducían en litigios, debido probablemente a que los lotes eran hechos normalmente por los padres o en su presencia, y por consiguiente la autoridad moral de los padres, culturalmente obligada, mantenía estas diferencias en el seno de la familia. Además, para la gran mayoría de las familias la cantidad de propiedad en cuestión era pequeña y las hijuelas utilizadas para repartir el patrimonio convertían cualquier posible litigio en una cuestión problemática.

En las zonas de familia troncal también existían conflictos, pero eran estructuralmente distintos<sup>82</sup>. Una vez más, las normas culturales impedían que la mayoría de las diferencias pasaran a litigios, dado que el derecho del testador a legar y del heredero universal a recibir la mayor parte del patrimonio era algo aceptado por toda la sociedad. Los desacuerdos en torno al reparto de la herencia solían atañer a la legítima debida a cada heredero, que era con frecuencia una parte relativamente pequeña de la totalidad de los bienes; aunque podía convertirse en una cuestión delicada cuando era el heredero elegido,

<sup>80</sup> Para ejemplos del carácter a menudo polémico de la sucesión en zonas de herencia divisible, véase, por ejemplo, Gilmore (1980: 158-161), Aceves (1971: 66-67), Freeman (1970: 69-70; 1979: 114-119).

<sup>81</sup> Existe un refrán castellano según el cual «si los hermanos no han reñido es porque no han partido».

<sup>82</sup> Sobre esta cuestión, véase Urrutikoetxea (1993: 254-255), Hansen (1977: 100-104), Barrera González (1990: 294-302, 343-450).

como en Cataluña, por ejemplo, quien decidía qué lote iba a recibir cada hermano después de la muerte de su padre<sup>83</sup>. En los sistemas de familia troncal, sin embargo, no eran infrecuentes los conflictos entre el heredero elegido y sus padres con respecto a la administración de los bienes o la forma en que debía ser tratada cada una de las partes, porque durante los años de co-residencia cada familia dependía de la otra de muchas maneras<sup>84</sup>. Este tipo de conflicto intergeneracional originado por la herencia sería mucho menos frecuente en los sistemas de familia nuclear.

Las formas de solidaridad familiar, especialmente en lo que se refiere al cuidado de los ancianos, eran también estructuralmente distintas en las diferentes formas de organización familiar. Subyaciendo a todo lo demás estaba el respeto esencialmente incuestionado que los hijos debían a los padres, la conciencia de que «la sangre tira» y que el grupo familiar extenso tenía ciertos lazos que implicaban obligaciones y privilegios que ningún otro miembro de la sociedad podía exigir. La solidaridad intergeneracional estaba también ligada a la propiedad, aunque de formas diferentes. En las zonas de organización en familia troncal, este mantenimiento estaba directamente relacionado con las formas de co-residencia estipuladas en los contratos matrimoniales y, por tanto, correspondían primordialmente al heredero universal y su familia. Ello no significa que no afectara también a los demás hermanos, pero la principal responsabilidad correspondía claramente al heredero. En las familias nucleares, sin embargo, era excepcional cualquier co-residencia prolongada de un hijo casado. Así pues, la solidaridad intergeneracional recaía en todos los hermanos o, si había una hija (o hijo) célibe destinatario de la mejora de la casa familiar, los padres ancianos podían residir con ella. Pero, como sugieren los niveles extremadamente bajos de celibato definitivo, la solución de la hija soltera sólo se empleaba en una minoría de casos. La

<sup>83</sup> Las posibilidades de conflicto entre hermanos era aún mayor en el siglo XX cuando, debido a los impuestos sobre la herencia, la gente tendía a declarar que su patrimonio tenía un valor muy inferior al real. En estos casos, solía haber un acuerdo tácito entre el padre y el *hereu* en cuanto al reparto de la herencia. Un conflicto típico podía producirse si el *hereu* decidía no respetar este acuerdo e insistía en actuar sobre el valor declarado de la propiedad (Hansen, 1977: 101-102). No hay razón para pensar que este tipo de conflicto fuera específico del siglo XX o de Cataluña.

<sup>84</sup> En el País Vasco, donde en muchos casos el heredero designado quedaba totalmente a cargo del patrimonio familiar, este tipo de conflictos probablemente fuera menos importante (Douglass, 1973: 111-112).

propiedad y la herencia eran también importantes en este contexto, porque la transmisión de la herencia no se producía hasta la muerte del padre o la madre, pero su influencia era menos inmediata y menos intensa que en las familias troncales.

Los cambios sociales y económicos que se han producido en España en el transcurso de este siglo, con gran intensidad en los últimos tres o cuatro decenios, han tenido una profunda influencia en el desarrollo de la familia. Dichos cambios han afectado a la familia rural en toda España, pero sólo en las zonas de familia troncal han puesto en peligro el modo predominante de organización familiar. Hay pruebas por doquier de que la familia troncal que ha caracterizado los sistemas familiares en la zona norte de la península durante muchos siglos, se encuentra en estado de extrema decadencia, y hay quienes afirman que está al borde de la desaparición<sup>85</sup>. La privilegiada posición del heredero elegido en estos sistemas ha sido progresivamente socavada por la modernización de la sociedad española. Hace un siglo, ser el heredero universal era determinante para el matrimonio y la estabilidad económica y social; hoy día supone exactamente lo contrario. La transición demográfica ha tenido efectos claramente nocivos en la familia troncal, básicamente porque ha convertido lo que solía ser una co-residencia temporal con la familia de los padres de aproximadamente 10 o tal vez 15 años, en un período que hoy día se prolonga durante toda la vida productiva del heredero (Moreno Almárcegui y Torres Sánchez, 1993: 199). Los progresos en la esperanza de vida pueden ser percibidos como un cambio positivo por parte de las personas mayores, pero desde luego no por sus hijos. La modernización económica de la sociedad ha significado que la mayoría de las oportunidades se generan en las áreas urbanas y en los sectores industrial y, especialmente, de servicios, haciendo cada vez menos rentable la producción rural<sup>86</sup>. Además, el advenimiento de la sociedad de consumo de las últimas décadas ha producido una situación en que la posición tradicional del campesino ha llegado a considerarse más un impedimento que una ventaja.

<sup>85</sup> Véase, por ejemplo, Comas d'Argemir (1993: 232-233, 240-241); Barrera González (1990: 365-377; 1993: 243); Hansen (1977: 104-106, 153-154); Roigé i Ventura (1993: 164-166); Celaya Ibarra (1993: 28-29); Douglass (1975: 135-149, 178-179, 182-191).

<sup>86</sup> Ciertas transformaciones de las industrias rurales, especialmente relacionadas con la viticultura en Galicia, el País Vasco y Navarra, y en Cataluña, son excepciones a esta tendencia.

Pocas personas querrían hoy día ser el heredero universal, especialmente si ello significa vivir con los padres durante 30 o 40 años después de la boda y trabajar la heredad patrimonial mientras los hermanos se labran una posición en Barcelona, Bilbao o La Coruña. En última instancia, no es nada extraño que la modernización económica y social haya inducido esta grave crisis en la familia troncal española. Acaso sea más notable la capacidad del sistema para resistirse a las fuerzas de cambio que han operado en la sociedad española durante gran parte de este siglo. Ello es en sí mismo prueba fehaciente de la profundidad de las raíces de los sistemas familiares en este país. Aunque es aún pronto para pronosticar la desaparición de la familia troncal en España, es evidente la crítica transición que está experimentando. Queda aún por ver cuáles serán las implicaciones de esta crisis para estas sociedades y sus soportes ideológicos.

